

TOLEDO
CORRALES

SALAMANCA
VALLADOLID

Arriba

Úm. 1 || 21 Marzo, 1935 || Año 1

España estancada

Ni ambición nacional ni justicia social. El Parlamento sesteá. Setecientos mil parados pregonan el fracaso de un orden económico y político. Tragedia y palabrería. Llamamiento.

España se ha perdido a sí misma; esta es su tragedia. Vi- un simulacro de vida que no duece a ninguna parte. Dos as forman una patria: cómo ento físico, una comunidad, nana de existencia; como culo espiritual, un destino co- n. España carece de las dos as. El sientio físico de Es- a, de la comunidad de espa- es, es absolutamente indefen- le. Tenemos un territorio me, en el que hay muchisi- por hacer, y, sin embargo, nes de habitantes viven peor los cerdos en las cochique- No ya los parados del to- ses 700.000 españoles cu- existencia: es un milagro, si- los pequeños labradores, ndatarios o propietarios de ifundios, que recogen al año te o treinta fanegas de tri- y los campesinos andaluces, cobran al año cien jornales; s habitantes en los suburbios la misma capital, hacinados casas infectas, en que los rudimentarios servicios hi- cos se comparten entre cua- a familias. Esto mientras rdan armeros, intermedia- dministradores, banqueros, letarios, rentistas, conseje- le grandes Empresas y toda nuchedumbre ociosa que pa- ser el remate de un país léctico de gran capitalismo y dorada envoltura de nues-

tra pobre y ancha y esquilmada España. Sobre esa base económica está asentado el pueblo español. ¿Y qué misión colectiva lo mantiene unido? Nadie lo sabe. Por eso, menos cada vez, piensa nadie en remediar su mal remediado a España, sino escaparse del mal común lo mejor que pueda. Cada clase por su lado, insolidaria con las demás. Cada región, cada comarca por su lado. Como en un barco que zozobra, todos parecen haber oído la voz de: "sálvese el que pueda". Cuando lo que hay que salvar es el barco. La alegría del 14 de abril no fué la que expresaron los camiones cargados de carne humana y engalanados de rojo. Aquello fué lo de menos y lo de los menos. La callada alegría del 14 de abril fué la que sintieron en las casas millones de españoles al imaginarse el principio de una nueva ruta abierta y soleada. Fué una alegría un poco melancólica; no en balde se iban viejos símbolos que fueron gloriosos en otro tiempo. Per- en compensación, el 14 de abril, nunciaba las dos cosas de las que está huérfana España: un orden social nuevo, hasta el fondo, que redimiera a sus gentes sufridas de la miseria en que

se arrastran, y un quehacer colectivo: el de levantar el Estado nuevo, el de acometer la empresa de rehacerse, todos unidos en el mismo afán. "La tremenda responsabilidad de los hombres del 14 de abril estriba en haber malogrado aquella esperanza colectiva; en haber deformado el sentido de su revolución. Ahora se pretende enredar a Azaña y a Casares Quiroga en un fangoso proceso sobre si consintieron o no el traslado de armas a Portugal. ¡Qué estupidez! Las derechas, dejadas de la mano de Dios, no ven que eso equivale a la glorificación de Azaña. Si después de tantas abominaciones contra el bienio resulta que lo único punible es aquella irregularidad ¿quién osará en adelante vituperarla? Esos torpes leguleyos de las derechas, que aún no han visto cómo los procesos políticos de responsabilidades se vuelven siempre contra los acusadores, marchan alegremente hacia el zarzal de la acusación por lo del alijo. Allí ellas. Nuestra acusación contra los hombres del bienio es bien otra: "Tuvisteis a España en vuestras manos, entregada, durante dos años. La tuvisteis blanda como cera. Pudisteis llevar a cabo la verdadera revolución española y pre-

feristeis reemplazarla por una política de secta, de disgregación, de vejaciones inútiles, de exasperación espiritual. Por culpa vuestra volvió España a manos de las viejas gentes reaccionarias, deseadas de escamotear la revolución. Eso sí que no se os perdonará." Alijo de armas? ¡Bah! El capítulo de cargos del bienio terrible es mucho más grave: Primero. Estatuto de Cataluña. Era urgente retribuir a la Esquerra por su ayuda política. Se la retribuyó con un trozo de España. No se dió al Estatuto después de bien asegurado en todo el pueblo español—comprendido el de Cataluña—una fuerte conciencia de unidad. Se dió aprisa y corriendo, con criminal largueza, entregándolo todo, incluso los instrumentos para afirmar en el alma de la infancia catalana una emoción separatista. El Estatuto hizo posible la rebelión de la Generalidad, frustrada por la cobardía de los rebeldes. Aquel fué el momento de los fusilamientos por la espalda, y no estas zarandajas del alijo. Segundo. Destrucción del Ejército. No se hizo con criterio nacional. No se emprendió la reforma profunda que el Ejército necesitaba.

Tercero. Ofensa de los sentimientos religiosos. Fué una verdadera complacencia en la mortificación. Se llegó a la blasfemia, a la persecución por profesiones religiosas, al apogeo de un anticlericalismo soez, ya barrido del mundo. Cuarto. Burla de la reforma agraria. Porque la reforma agraria no se hizo. Todo quedó en su promulgación. Para que no faltase la característica del bienio, se añadió a última hora una norma excepcional, injusta, basada no en razones económico-sociales, sino en un impulso de rencor. Pero casi todo quedó en palabras. Un poco de indisciplina en el campo durante unos meses, y nada más. Después, los campesinos siguieron viviendo su miseria y el régimen de la tierra casi como estaba. Quinto. Desquiciamiento económico. La política del bienio no fué, ciertamente, una política anticapitalista. Nunca fueron tan mimados los Bancos y las grandes Empresas. Aumentaron las emisiones de valores públicos y con ellas, naturalmente, las personas que viven del cupón, sin trabajar. Pero como esto se

(Continúa en la página 2)

Precio: 20 cts.

Unidad de destino

Se debe partir del concepto de "unidad de destino". La definición de que la Falange ha partido es la exacta. Es la única que rige sin error ante la historia y la filosofía. En este punto de partida se armoniza el fin de la Patria con la universalidad y el fin último y sobrenatural del hombre. Y todos los errores de tipo racista, nacionalista, materialista o utilitario se eliminan. Decir "unidad de destino" equivale a decir "QUE LA PATRIA NO ES EL TERRITORIO. NI LA RAZA, SINO LA UNIDAD DE DESTINO ORIENTADA HACIA SU NORTE UNIVERSAL". Desde la fundación de Falange ésta ha sido su afirmación fundamental. Para nosotros sobre la misma lengua, sobre la variedad de las lenguas, está la unidad de destino, donde todo nos cabe del albor de Castilla al Imperio, sobre diversos continentes. Reconducir a unidad y plenitud la multiplicidad de los orden de España es nuestra tarea firme, neta, perseverante e imposible. Nadie podrá formular su patriotismo, manera más clara, porque nadie lo siente a nuestro modo. España es en sí clara y transparente, y en otros se hace clara y transparente. Esto es lo esencial. Se nos que no puede ser una especie de abstracción puramente angélica, metafísica. Es también humana. La superioridad orgánica de lo humano estriba en el íntimo y continuo intercambio de fuerzas y fluencias, en el principio activo de lo que circula, corre y retorna a sí mismo del centro a la periferia y de la periferia al centro. España es para nosotros una unidad orgánica superior, tan diversa de la uniformidad centralista del siglo pasado como de la uniformidad autonomista que escinde las mismas facultades en diversos compartimentos. Ni autonomismo viejo, ni viejo centralismo. Nuestro sistema de unidad y variedad —que iremos exponiendo— se funda en la organicidad y reciprocidad de centro y periferia, en la universalidad y distinción de miembros y tejidos en lo territorial, en lo social, en lo histórico. Nuestra unidad es más radical y más viva que la de los centralistas anticuados. Nuestra variedad, más ordenada y más fructífera que la de los autonomistas anticuados. Nada nos es común con las tesis de una y otra banda. Para eso sentimos demasiada homogeneidad con la raíz de aquel incremento armonioso que se llama Imperio. Nuestro propósito no es repetir en este punto esa deplorable retórica pululante en torno a la España Imperial. Nuestra concepción del Imperio es otra y no va a la guardarrropia y hojarasca, sino a las raíces y cimientos. No es indumentaria y palabrería sino arquitectónica, cruda, luminosa, esquinada. No sirve para los periódicos ni para las empresas teatrales, sino para formar penosamente, difícilmente y tercamente la conciencia, el modo de ser, el estilo de una nueva casta de españoles. Una falsa ciencia predominantemente experimental, positiva, laica, referente, de modo exclusivo a las cosas existenciales, ha creado ese concepto fragmentario del mundo y del hombre, de la sociedad y de la Patria, al cual se someten —entre oportunistas e incautos— los señores Gil Robles y Anguera de Sojo al defender el Estatuto. Sólo la ciencia de verdad, la que no olvida las esencias, vuelve a crear un concepto unitario del mundo y del hombre, de la sociedad y de la Patria. El pecado original de España, como el pecado original del hombre, conduce a la aplicación destructiva y culpable del principio general de escisión. Porque creemos en la unidad del género humano como armónica conciliación de las grandes unidades civilizadas de la historia, donde España es una e indivisible. A lo largo de siglos, el lado bueno de España —el lado civil, heroico, religioso, original y limpio— es el que ha mirado hacia la unidad de destino, imponiendo en el mayor apogeo de su historia la tesis católica de la unidad del género humano. A lo largo de siglos también, el lado malo de España —el lado incivil, antiheroico, irreligioso, obtuso y sucio— es el que ha mirado hacia la dispersión y rotura del destino. Una Patria debe proponerse la imitación de las grandes cosas espirituales y vivas. Y todo lo que es divino y viviente, todo lo que es orgánico mira hacia la unidad. El apóstol Pablo, el paladín de la unidad, aquel a quien vemos con las manos posadas en el pomo de una gran espada, es el que dió la primera voz católica para decir "España", para nombrar sobre todas las divisiones esta indivisible unidad de destino. Unidad. Esta es la potencia de Dios y del hombre, de la Familia y de la Patria. Ahora, de la Patria quieren hacer leña como de árbol seco y podrido. Pero nosotros somos sobre el viejo tronco, en parte carcomido, el renuevo, el ramo milagrosamente fresco que continúa y salva el ser del árbol. Es la savia la que grita en nosotros al retornar. ¡Arriba España! Arriba, pues, su savia, su esencia en nosotros. Queremos ser, sobre la España vieja, el ramo a la vez fresco y antiquísimo de la España nueva. ¡Arriba España!

VENTANA AL MUNDO

Aislados de los problemas internacionales, reclusos en el recoveco sordido de su catastrófica política nacional «de menor cuantía», España se encuentra desplazada de las graves preocupaciones del mundo. Desplazada por voluntaria inferioridad física, ya que en estos tiempos en que el universo vibra con frenesí de nacionalidades vigorosas, nuestra Patria se limita a dormir sin oír las voces de fuera

Recientemente han pasado sobre Europa inquietudes que no han hallado el menor eco en la conciencia de España. Por fortuna, el problema del Sarre ha dejado de ser un peligro para la Paz y la alarma europea ante un posible conflicto guerrero entre Hungría y la "Petite Entente", ha disminuido después de las reuniones de Ginebra de noviembre y enero, en las que la discusión del tema "terrorismo internacional" quedó aplazada.

En ninguno de ambos asuntos, España significaba nada. Ciertamente en el Comité de Tres de la S. D. N., encargado de la preparación del Plebiscito del Sarre tuvo intervención activa —y acertada— el señor López Oliván, Ministro de España en Berna. Pero no hay que olvidar que la designación de España para todos los Comités de la S. D. N. se debe, precisamente, a su neutralidad. A su terrible neutralidad, que no proviene de "neutral" sino de "neutró". La desastrosa política internacional española desde la Restauración—culminada en la Constitución vigente—ha convertido a España en un país neutro. En un país que, por carecer de aspiraciones, ambiciones y reivindicaciones—programa de vida externa—es como una Cenicienta que ayuda a los demás a acicalarse para ir al baile y se queda después en su misera cocina.

Dentro de la S. D. N. España desempeña un papel. Pero cuanto más se le da lugar fuera de ella, más se le ve en la realidad. Así se ha visto en las recientes conversaciones de Londres y de Roma, a pesar de que en éstas, el diálogo de Mussolini y Laval se ha referido en gran parte a problemas del Mediterráneo donde España tiene intereses extraordinarios. Para esas conversaciones nadie se ha acordado de España, aunque quizá la clave de ellas hayan sido nuestras Islas Baleares y nuestros territorios de Soberanía y Protectorado en el Norte de África.

Claro que de tan penoso olvido

no nos ha consolado la voz del pobre señor Rocha, leyendo en el Parlamento la más vacía de todas sus declaraciones y anunciando un debate sobre política exterior... que naturalmente, no ha tenido lugar. Nos tranquiliza un poco más la lectura en periódicos extranjeros del proyecto de fortificación de nuestras Islas mediterráneas, que al parecer no será el cómic de los doce cañoneros, sino otro más sólido para el que se destinarán 450 millones de pesetas—cuando Dios quiera que haya nuevo Presupuesto—con el fin de construir fuertes bases aéreas en Pollensa, Palma y Mahón, adquirir doce submarinos de 400 toneladas, doce torpederos y doce lanchas motoras de 200 toneladas. Esperemos que el Parlamento y el Gobierno confirmen estas noticias que corren en la Prensa extranjera, y salga España de ese apartamiento de la actividad internacional que nos sitúa al margen de todos los problemas. En toda la agitación de la Europa central y oriental somos ajenos. El revisionismo que excita a Hungría y pone de su lado a Italia frente al antirevisionismo de la "Petite Entente" y Francia; la generalización de la protección de minorías que ha enfriado las relaciones franco-polacas, orientando hacia Berlín las preferencias de Varsovia; la seguridad y la igualdad de derechos ante el Desarme—nudo de la política exterior de Alemania; la necesidad de expansión colonial en la zona de España... Todos, todos los problemas vivos de Europa son extraños al cuerpo neutro que han hecho de España sus gobernantes.

Y si somos ajenos a los problemas continentales ¿cómo vamos a tener interés en los del Extremo Oriente?

Queda uno, al que parece dedicar atención nuestro ministro de Estado. El del Chaco. Todos hemos visto en un Movietone la cara y el gesto antifotogénicos del señor Rocha, pronunciando para América del Sur, ante un

microfono, un perfecto discurso de Juegos Florales de la Raza. Ese discurso es una prueba de lo que a España interesa el conflicto del Chaco. Pero después de él—no nos atrevemos a pensar que como consecuencia—la guerra del Chaco se ha recrudecido. El Paraguay ha hecho caso omiso de las Recomendaciones de la Asamblea de la S. D. N. y ha anunciado su propósito de retomar de Ginebra. ¿Qué actitud adoptará España frente a esta decisión del Paraguay?

Ya es tarde para que clame por su derecho a intervenir directamente en un conflicto cuya solución, estará en los legajos del Archivo de Indias, ya que el origen de la guerra del Chaco está en una cuestión de límites de territorios que pertenecieron a la Audiencia de Charcas durante la dominación española. Es tarde para que ese derecho legítimo de España prevalezca sobre los intereses que en las zonas petrolíferas del Chaco tienen diferentes países europeos y americanos. (Recientemente Bolivia ha lanzado acusaciones que que no han podido ser denegadas rotundamente). Y es tarde también para que el Gobierno español se arrepienta de haber declarado que levanta el embargo de armas para Bolivia, cosa que no ha debido hacer jamás.

España—a pesar de que la S. D. N. haya acordado levantar ese embargo, que siempre ha sido un mito, ya que mientras duró se exportaron más armas que nunca a los países beligerantes—ha debido sostener aquella prohibición. Si alguna fuerza le queda a España en América, es la espiritual. Pase lo que pase en el Chaco y sean cuales sean las consecuencias del actual conflicto, España no ha debido consentir—ni antes ni ahora—que de su territorio salieran para Bolivia o Paraguay un solo fusil ni un solo cartucho. España ha debido sostener la prohibición, con el fin de ganar autoridad moral en el Continente americano.

Creemos que ello habría sido más eficaz para España y para los beligerantes que la palabrería radiada del señor Rocha.

Cuando se publiquen estas impresiones se habrá celebrado ya en Ginebra la reunión del Comité del Chaco. Se habrán buscado componendas para la actitud rebelde del Paraguay y quizá se hayan aclarado las turbias actitudes de algunos países sudamericanos. Y probablemente, España—y ojalá nos equivoquemos—no habrá conseguido mejorar el papel de comparsa que en este problema del Chaco viene desempeñando.

La violenta revolución que ha estallado en Grecia, anuncia posibles complicaciones internacionales. Por lo pronto, el reciente incidente entre Bulgaria y Turquía, zanjado apenas nacido, parece ser consecuencia del movimiento político griego. No hay que olvidar que el caudillo de esta rebelión, Venizelos, es un enemigo decidido del Pacto balcánico que garantiza en aquellos países un "statu quo" con el que no todos están conformes. Las Grandes Potencias están todas interesadas en la política de los Balcanes. Inglaterra, Italia y Rusia principalmente. Y sobre todo Italia, que aspira hoy a ser el árbitro del Mediterráneo, y que no oculta sus vivas simpatías por Venizelos, coincidentes con una tirantez de relaciones con Turquía y con Yugoslavia y naturalmente con los firmes aliados de ésta en la "Petite Entente". Todas estas consideraciones hacen pensar que el triunfo de la Revolución, griega, traería aparejadas consecuencias internacionales, aun sin pasar de ser un conflicto de orden interno. Si el Gobierno griego vence el movimiento, el "statu quo" de los Balcanes garantizará la paz por conflicto se limita a la guerra una temporada. Todo ello si el civil. Pero si se produjera cualquier incidente fronterizo con Bulgaria o Turquía—contingencia no difícil—serían de temer sus consecuencias.

El gesto de Alemania y la Sociedad de Naciones

El transcurso del año actual viene demostrando la caída vertical de la S. D. N. hacia el más absoluto de los fracasos. Su falso prestigio—que vanamente tratan de sostener los países que en ella mangonean—ha entrado en barrena. Por si era poco la definitiva retirada del Japón—al transcurrir los dos años desde su anuncio—que tendrá lugar en breves días, el Paraguay ha anunciado la suya, Italia sustrae al conocimiento de Ginebra el pleito con Abisinia que trata de resolver con sus propias fuerzas y Alemania—ya despierta en el honor y en la dignidad por el clarín nacional-socialista—se pone en pie para derribar de un manotón el afrentoso Tratado de Versalles, cuna, cimiento y sepultura de la Liga de las Naciones.

Sus partidarios, tratan de buscar remedio para lo inevitable. Inútilmente, claro. Porque la máquina vieja que es la S. D. N. carece de recursos para oponerse a lo que está sucediendo. Si unos estaditos pequeños, pobres y escasamente poblados como Bolivia y Paraguay, llevan más de tres meses tirando pelotillas y haciendo muecas burlonas a la Asamblea y al Consejo, sin que éstos encuentren el modo de meterlos en cintura ¿qué no van a hacer la gran Italia de Mussolini y la gran Alemania de Hitler? Si a las nacioncitas suramericanas—democráticas, parlamentarias y sumisas voluntariamente al Pacto de la S. D. N.—no ha habido fuerza capaz de hacerlas deponer las armas en su lucha sangrienta, ¿qué poder va a sujetar a los grandes países europeos, unitarios, autoritarios e independientes de toda organización que no sea la suya estatal y nacional?

Convencida el ágora ginebrina—¡qué aspecto cómico de farsa molieresca de pedan-

tes o hipócritas tiene ahora esta frase estereotipada que tantas veces hemos leído en la prosa de los papanatas de la democracia, la libertad y el internacionalismo!—de que al "Führer" alemán y a su pueblo—que le sigue fiel con el brazo en alto de la voluntad del Imperio y Unidad de Destino—les van a ser indiferentes recomendaciones y notas, porque la suerte de Alemania se ha echado al viento con el acento viril de la proclama de 16 de marzo, busca en el laberinto de su constitución—el Pacto—una solución al conflicto planteado por el manotazo de Alemania, que tira al suelo sombras y cadenas.

Para contrarrestar la firme decisión de Alemania de tener libertad de movimientos, igualdad de derechos y fraternidad—que sólo se da entre pueblos libres e iguales—con las demás potencias: es decir para contrarrestar lo que los países que viven—¡todavía!—de las fórmulas trashedas de la Revolución francesa aplican a los individuos y niegan a las colectividades, la S. D. N. sólo tiene dos recursos de jocos legalismo: el artículo 11 del Pacto y el 213 del Tratado de Versalles.

El artículo 11, declara expresamente que "toda guerra o amenaza de guerra que afecte directamente o no a un miembro de la S. D. N. interesa a la Sociedad entera y ésta debe tomar las medidas propias para salvaguardar eficazmente la paz de las naciones. En tales casos, el Secretario general convoca inmediatamente al Consejo a petición de cualquier miembro de la Sociedad. Se declara además que todo miembro de la Sociedad tiene el derecho de llamar la atención de la Asamblea o del Consejo, a título amistoso, sobre cualquier circunstancia que naturaleza capaz de turbar la

paz o la buena amistad entre las naciones de que la paz depende".

O sea: que si algún país considera como una amenaza de guerra la decisión del canciller Hitler y de su Pueblo de tener un Ejército poderoso y proporcional a los de las naciones, que rodean al Reich—que son nada menos que Holanda, Bélgica, Francia, Suiza, Austria, Checoslovaquia, Polonia, Letonia y Dinamarca—el Secretario General de la S. D. N. convocará la tertulia de Ginebra para una de estas dos cosas: redactar unas consideraciones que provocarán la hilaridad en Alemania o declarar la Guerra. Si existen en el mundo democrático el sentido del ridículo y el de la responsabilidad, es de suponer que a nadie se le ocurrirá la estupidez de reunir el Consejo de la S. D. N. en vista de la proclama de Hitler y la ley subsecuente creando el Ejército del III Reich.

La llamada de atención a la Asamblea, es otra puerilidad. Puede dar lugar a una reunión extraordinaria de esta—que extraordinaria de ésta—que la última de noviembre dedicada al conflicto del Chaco—o esperar a que la reunión ordinaria que tendrá lugar en septiembre, haga esa inutilidad que en el lenguaje de Ginebra se llama "formular un voto".

Cualquiera de los recursos del artículo 11 son, como vulgarmente se dice, para "tumbarse de risa". Si se llevan a la práctica, el humorismo alemán encontrará buenos para las caricaturas del "Simplicissimus".

Más serio es el artículo 213 del Tratado de Versalles—que Alemania una vez que lo ha denunciado públicamente no puede tener en cuenta—al decir: "Todo el tiempo que el Tratado permanezca en vigor, Alemania se compromete a prestar a cuantas investigaciones juzgue convenientes la mayoría del Consejo de la S. D. N."

Pero ese Tratado ya no está en vigor para Alemania. La nueva Alemania lo ha rechazado de sí después de cumplir hasta donde le ha sido posible los compromisos suscritos por quienes firmaron en Versalles el más vergonzoso convenio de Paz que ha conocido la Historia. Las últimas pruebas de la buena disposición de Alemania han sido el Pacto con Polonia aplazando toda discusión sobre Danzig y el pasillo polaco y la actitud leal en el Plebiscito del Sarre, no obstante organizarlo la S. D. N. Las peticiones de igualdad de derechos y de seguridad han sido formuladas por Alemania con la máxima corrección y seriedad. Hasta en la cuestión del "Anschluss", piedra de toque de la ideología "nazi", la actitud de Alemania en los últimos tiempos es pacífica y expectante. ¿Hasta cuándo querían las botas militares de vencedores, mal disimuladas con los botines diplomáticos de Ginebra, condenar a un país de sesenta millones de ciudadanos a la opresión y a la angustia?

Las nuevas generaciones alemanas con su "Reichsführer" al frente, han roto con los compromisos de la precedente a quien faltó en la última hora de la guerra y en la hora de la paz el espíritu heroico. Alemania afrontará las consecuencias de su decisión, admirada por lo que tiene de gallardía y dignidad nacional. Ante el gesto, los hombres patriotas de todo el mundo reaccionarán favorablemente. Mientras los países mentecatos de la mediocridad, la renuncia a la guerra, el ginebrismo, las internacionales y los pseudo derechos del hombre, se mesen los callos en público y se froten los manos en la intimidad ante las posibilidades crematísticas de una nueva Guerra con sus negocios sucios de contrabando de acaparamientos, de fabricación clandestina de armas de transacciones repugnantes de alta traición, de chantage con el Honor y la Muerte. La Historia sigue. Y aunque no se acaben los mercaderes tampoco se acaban los héroes...

Impotentes...

Eran malos días. Los carreteros, los caminos, estaban sembrados de bandidos. Luchaban las regiones entre sí. Ruinas, humeantes sobre el suelo de España. Los pequeños reinos guerraban y se deshacían en espasmos coléricos.

Eran malos días. Allí quedaba la Edad Media enterrada bajo los medios cañones de Románico. Las figuras rechonchas e inexpresivas—chatas—, las columnas cortas y gruesas—chatas—quedaban como sello de una época. Soplos de Renacimiento venían del Oriente, de la

Roma universal. Pero España era pobre, estaba en ruinas, se deshacía en luchas fratricidas.

El soplo vivificador chocaba contra la tierra estéril, la que había partido ya grandes hombres, pero que entonces no producía más que seres castrados. La tierra era impotente. Los hombres eran impotentes. El rey se llamaba Enrique IV "el Impotente".

Eran malos días. Las llanuras polvorosas estaban sombrías, solitarias; secas las espigas y tronchados los brotes. La tormenta, el robo y

el pillaje asolaban todo, mataban todo.

Si hubiera habido una mano fuerte... Pero el Rey era impotente; pero España era impotente.

Un día sonó un clarín energético y vigoroso. Sonó en Segovia, en la ciudad que había sido Isabel era Reina de Castilla.

"Isabel era blanca y rubia, de ojos entre verdes y azules, mirar gracioso y honesto, la cara toda muy hermosa y alegre." Isabel era una mujer, pero era también española. Placencia, Arévalo, ciudades de Castilla, que la vieron muy mujer, en su estado pleno de mujer: encinta y muy española, en su estado pleno de española: cabalgando en la línea de batalla con la Beltraneja. "Animaba a los valientes, inspiraba alientos a los tímidos, halagaba a unos y amenazaba a otros". Pero a paso, con pasos enérgicos, Isabel fue la Reina de Castilla, la que "no estaba acostumbrada a recibir condiciones de súbditos rebeldes".

Se habían acabado los impotentes. La tierra germinó. Renació la tranquilidad. Policía en los caminos, España empieza a hacerse. Y cuando el yugo de la unidad se hizo de símbolo, carne. Cuando unidas Castilla, Aragón, Navarra, Granada, hubo un solo reino y un solo trono, España se hizo. Se hizo de un coletazo brusco y viril. Los impotentes rastreaban su baba cerca de las sepulturas. Aquella Castilla muerta, seca, solitaria, sin caminos ni posadas, fue la madre de una nación, España; de una fuerza, el brazo español; de un cerebro, la cultura española; de un poder, el Imperio español.

De las tierras yermas surgieron las espigas rollizas y granadas; lo impotente dió fruto.

Siglo XV, siglo de renacer. Siglo XX, siglo de resurgir.

Impotentes... Muchos impotentes gobiernan estos diferentes pueblos que han vuelto a separarse. Si, que han vuelto a separarse. Cataluña no quiere ser española. Vasconia quiere ser vasca. Castilla, la madre, está estéril, impotente.

Al conjunto de un yugo y de un haz, la esteril parió; lo impotente pudo. El nombre de España volverá a ser un hecho; el símbolo volverá a ser hecho carne. Soplan vientos de Oriente; vientos de resurgir. Vienen de la Roma universal. A su impulso levantemos el brazo y pronunciamos el nombre de Castilla, la madre.



ria, cuando esa desesperación tiene tantos fundamentos. Se trabaja por el frente único con comunistas y anarquistas.

Mientras tanto, cada día nos sale un curandero para el mal. Gil Robles sigue pronunciando discursos prometedores, como si no tuviera tres ministros en el Gobierno y la minoría más numerosa en las Cortes. El Bloque Nacional luce suntuosamente. Este ya trae palabras nuevas, para que no se diga: habla de unidad de mando, de Estado corporativo y de otras cosas fascistas. ¡En seguida le van a

crear! Un orden nuevo traído por las ultraderechas, es decir, por los partidos privilegiados por el orden antiguo. ¡En seguida lo van a crear los obreros, los estudiantes y todos los afeijados descontentos contra el caduco tinglado español!

¡Basta de falsificaciones! La tarea española está intacta: la tarea de devolver a España un ímpetu nacional auténtico y asentarlo sobre un orden social distinto. Basta de palabrería mal copiada, y vamos a la busca de

la palabra decisiva, de la mágica palabra del resurgimiento. Otra vez hay que salir contra los que quieren arrancarnos del alma la emoción española y contra los que amparan bajo la bandera del patriotismo la avería mercadería de un orden burgués agonizante. ¡Estudiantes de España, obreros de España, intelectuales de España: otra vez a la tarea! Contra lo uno y contra lo otro. Por la España, completa de los mejores días. Por el pan y la gloria. ¡Arriba España!

El pillaje asolaban todo, mataban todo.

Si hubiera habido una mano fuerte... Pero el Rey era impotente; pero España era impotente.

Un día sonó un clarín energético y vigoroso. Sonó en Segovia, en la ciudad que había sido Isabel era Reina de Castilla.

"Isabel era blanca y rubia, de ojos entre verdes y azules, mirar gracioso y honesto, la cara toda muy hermosa y alegre." Isabel era una mujer, pero era también española. Placencia, Arévalo, ciudades de Castilla, que la vieron muy mujer, en su estado pleno de mujer: encinta y muy española, en su estado pleno de española: cabalgando en la línea de batalla con la Beltraneja. "Animaba a los valientes, inspiraba alientos a los tímidos, halagaba a unos y amenazaba a otros". Pero a paso, con pasos enérgicos, Isabel fue la Reina de Castilla, la que "no estaba acostumbrada a recibir condiciones de súbditos rebeldes".

Se habían acabado los impotentes. La tierra germinó. Renació la tranquilidad. Policía en los caminos, España empieza a hacerse. Y cuando el yugo de la unidad se hizo de símbolo, carne. Cuando unidas Castilla, Aragón, Navarra, Granada, hubo un solo reino y un solo trono, España se hizo. Se hizo de un coletazo brusco y viril. Los impotentes rastreaban su baba cerca de las sepulturas. Aquella Castilla muerta, seca, solitaria, sin caminos ni posadas, fue la madre de una nación, España; de una fuerza, el brazo español; de un cerebro, la cultura española; de un poder, el Imperio español.

De las tierras yermas surgieron las espigas rollizas y granadas; lo impotente dió fruto.

Siglo XV, siglo de renacer. Siglo XX, siglo de resurgir.

Impotentes... Muchos impotentes gobiernan estos diferentes pueblos que han vuelto a separarse. Si, que han vuelto a separarse. Cataluña no quiere ser española. Vasconia quiere ser vasca. Castilla, la madre, está estéril, impotente.

Al conjunto de un yugo y de un haz, la esteril parió; lo impotente pudo. El nombre de España volverá a ser un hecho; el símbolo volverá a ser hecho carne. Soplan vientos de Oriente; vientos de resurgir. Vienen de la Roma universal. A su impulso levantemos el brazo y pronunciamos el nombre de Castilla, la madre.

(Viene de la página 1)

combinaba con un desenfreno verbal en sentido demagógico, no se hizo otra cosa que conservar el sistema capitalista y amedrentarlo al mismo tiempo. Es decir, desquiciar lo que había, sin reemplazarlo por otra cosa. De ahí el colapso, con su secuela del aumento terrible en el paro obrero.

Sexto. Política antinacional. En esta acusación se resumen todos. Durante el bienio Español fue la colonia de tres poderes internacionales: la Internacional socialista, la Masonería y el Quai d'Orsay. Herriot vino en persona a inspeccionar su zona de reclutamiento o su camino de paso para las tropas senegalesas.

Es decir: lo contrario de lo que la revolución prometía. Ni política nacional ni política social. Un mal Gobierno burgués, cruel y antipático, empujado de una grillería detestable de falsos energúmenos.

A fines de 1933 salimos del bienio terrible para entrar en el bienio estúpido.

Esto sí que ya no conserva ni rastro del propósito revolucionario del 14 de abril. Ni reforma agraria, ni transformación económica, ni remedio al paro obrero ni aliento nacional en la política. Chapuzas para remediar algún estrago del bienio anterior y pereza. Pereza mortal, para dejar que los problemas se corrompan a fuerza de días, hasta que llegue otro problema y los quite de delante. La revolu-

ción del 14 de abril se ha estancado en esto.

¿Política social? Ni pensar; ni menos que nunca; ni menos que antes del año 31. Hasta los juicios mixtos se suprimen. Vuelve a hablarse de jornales de dos pesetas. No hay reforma agraria. La ley de Arrendamientos sale sin inservible que al día siguiente de su aprobación sale un proyecto de ley modificándola. 700.000 hombres están en paro forzoso. El Parlamento, que ni siquiera ha aprobado unos Presupuestos para 1935, se concede a sí mismo vacaciones de Carnaval. Fuera de las vacaciones, sesteo.

¿Política nacional? ¿Alrededor de qué? ¿Qué quehacer interesante y alegre se presenta a España? Se empieza a no contar con ella en el mundo. Italia y Francia arreglan el problema del Mediterráneo en nuestra ausencia. Sudamérica recibe, como única noticia de España, una pastoral por radio del señor Rocha, cuya balanza comercial con nosotros ha mejorado en su favor, todavía nos aprieta las clavijas en el Tratado comercial...

El marxismo, cauto y peligroso, ha logrado salir casi intacto del percalce de octubre. Ahora rehace sus fuerzas y revisa sus armamentos. Mientras la fuerza pública descubre saldos de viejas escopetas y revólveres caducos, nadie sabe dónde se guardan los arsenales apilados para la revolución de octubre, que no llegaron a salir. Además el socialismo sabe mover los hilos de la desesperación proletaria.

FALANGE ESPAÑOLA DE LAS J. O. N. S. SALAMANCA

El banquete del Café San Isidro en honor de Montes

Falange Española de las J. O. N. S. en Cádiz

Tenía que ser allí, en Salamanca, tierra de armas y de letras, donde la Falange Española de las J. O. N. S. lograra uno de sus mejores éxitos.

Recuerdo que cuando la caravana de automóviles que nos conducía coronaba el alto del León, un camarada hacía comentarios refiriéndose a la nieve y comparaba el frío que en aquellos momentos sentíamos con lo frío que el público de Salamanca era para los mítines. Claro, que aquel camarada estaba de acuerdo con nosotros en que no el pueblo de Salamanca, sino to-

importa. Se iba a hablar, en serio, de España y cuando esto iba a suceder ¿qué de extraño tenía que don Miguel quisiera oír?

Cuando el Jefe de Falange Española de las J. O. N. S. apareció en el escenario seguido de los demás camaradas que tomaron parte en este acto, el hielo de Salamanca se había roto. Aquel no era un mitin más de esos monótonos y fríos en los que iba a oír las mismas promesas de siempre para luego, como siempre, verlas incumplidas. Por eso aquella inmensa muchedum-

El banquete-homenaje a Eugenio Montes en el Café San Isidro fue un acto que tuvo extraordinario relieve por el número y entusiasmo de los asistentes, por la perfecta organización y por la elevación y recto estilo de los discursos. Se puede decir que desde que Julio Ruiz de Alda se levantó a hablar con una palabra llena de energía inteligente hasta que Eugenio Montes cerró con una magnífica oración, el acto, fué un clamor creciente de viril entusiasmo. Rafael Sánchez Mazas llenó de sentido entrañable, universal y cristiano su precisa oración al paternal camarada. José Antonio Primo de Rivera recogió con exactitud incomparable la lección de doctrina que el acto encerraba: la relación entre la alta cultura y el pueblo, que en el siglo de Oro fué una de

las claves de la grandeza espiritual de España.

La lección más ejemplar del acto de San Isidro era ésta y el Jefe supo recogerla en todo lo que hoy debe tener de trascendencia para la unidad de destino.

Los asistentes al banquete frisaban en los ochocientos. Otros dos centenares invadieron la sala a la hora de los brindis. El banquete había sido apenas anunciado en los periódicos y sin embargo fué de los más numerosos que se hayan celebrado en Madrid.

Hombres de todas las clases y profesiones confraternizaron en torno a una idea de destino español y universal cultura, con una "social alegría" sin la cual todos los programas sociales son vanos.

Del doce al dieciséis del pasado febrero la Falange Española de las J. O. N. S. trazó nuevas rutas a los pueblos magníficos de esta provincia tales como Alcalá de los Gazules, Arcos de la Frontera, Medina Sidonia, Villamartín, Jerez, Puerto de Santa María, etc. Por boca de su jefe nacional oyeron aquellos hombres, muchos de ellos condenados a un interminable por forzoso, la verdad de nuestra doctrina.

Todo se volvía inconvenientes para que un Diputado a Cortes por la provincia, hablase a sus electores. El Gobernador, como primera medida, prohibió todo acto público en que fuere a intervenir el Jefe Na-

bres sedientos de justicia y hambrientos de pan, el amor, la doctrina y la alegría de la Falange. Así fué en efecto. En unos pueblos José Antonio Primo de Rivera habló desde un balcón, mientras en la calle y con un silencio religioso era escuchado con avidez por aquellos hombres maltratados y vejados por los políticos de todos los tiempos. En otros era en un viejo y destartado local donde tenía lugar el acto. En todas partes grandes muchedumbres y, sobre todo, gente moza. La gente moza que acude de todos los campos de nuestra llamada por el honor de España.

Ni el más leve incidente. En

por la provincia de Cádiz. Y conste que cuando decimos éxito no nos referimos a los aplausos que prodigan tanto los públicos de latiguello mitinesco, nos referimos al éxito de que, nuestra doctrina, nuestro estilo y nuestra manera de entender a España, es ya lo único que enardece a las multitudes. Por eso cuando José Antonio Primo de Rivera al terminar sus discursos gritaba *Arriba España*, miles de gargantas enronquecían contestando y miles de brazos se levantaban en un saludo al caudillo y a la nueva España que ya empieza a encontrarse a sí misma.

Fueron unos días de una movilidad asombrosa. Y con qué



Falange Española de las J. O. N. S. y las elecciones

De acuerdo con el parecer unánime de la Junta política, reunida en Valladolid el día 3 del corriente, la Jefatura Nacional de la Falange Española de las J. O. N. S. hace públicas las siguientes resoluciones:

Primera. La Falange Española de las J. O. N. S., dispuesta a seguir ganando todas las posiciones, aun aquellas fundadas en un sistema político disonante, exige el sentido de nuestro Movimiento y de abstenerse de toda iniciativa no consultada con la Jefatura Nacional que pueda dar pábulo a interpretaciones políticas confusas.

Segunda. En esa lucha la Falange no se considerará afín a ningún partido de derecha ni de izquierda, por entender que unos y otros descansan sobre

visiones incompletas de la vida española, opuestas al sentido total e integrador de España que informa el pensamiento de la Falange.

Tercera. Se reitera a todos los militantes la consigna de expresarse en todos sus actos y palabras, tanto en lo público como en lo privado, con sujeción estricta a la unidad de pensamiento, de disciplina y de conducta que exige el sentido de nuestro Movimiento y de abstenerse de toda iniciativa no consultada con la Jefatura Nacional que pueda dar pábulo a interpretaciones políticas confusas.

Madrid, 6 de marzo de 1935.

EL JEFE NACIONAL

Arriba España!

dos los pueblos de España, tenían sobrada razón para encogerse de hombros y sentirse exépticos ante esos chorros de oratoria mitinesca que los prohombres de los partidos políticos prodigan tanto, sobre todo ahora, que se barruntan unas elecciones. A romper ese hielo y esa moquería iba la Falange a Salamanca como fué e irá a otros pueblos de España.

Efectivamente; la concentración en Salamanca de los camaradas de Palencia, Valladolid, León, Cáceres y Madrid, puso una nota de verdadera expectación en la ciudad.

Mucho tiempo antes de comenzar el acto la gente empezó a fluir hacia el teatro Bretón. Un momento de estupor. ¿Dónde va don Miguel? Es que don Miguel de Unamuno, va rodeado de camaradas nuestros al teatro Bretón.

¿Curiosidad? ¿Simpatía? No

bre aplaudía frenéticamente a los camaradas Bravo, Salazar, Mateo y Sánchez Mazas, cuando afirmaban, cada uno en un orden distinto, que había que buscar nuevas rutas a España.

Cuando José Antonio Primo de Rivera, Jefe Nacional de la Falange Española de las J. O. N. S. empezó su discurso, un silencio ávido se extendió por la sala. Muchas miradas se dirigían hacia el sitio en que rodeado de camisas azules se hallaba don Miguel de Unamuno. Este seguía con gran atención la maravillosa exposición del orador mientras el público puesto en pie aclamaba a España, al caudillo y a la Falange.

Después, el almuerzo íntimo en el hotel en compañía de don Miguel. Nada de brindis ni cosa parecida. Cordialidad y un afán en todos: seguir la nueva ruta emprendida con el sencillo heroísmo de los que tienen fe.

vivisteis con él, que trabajasteis en aquellos primeros momentos a su lado, debéis ser fieles siempre a su memoria.

Que el mejor acto que en su honor se celebre sea uno íntimo, leal y entusiasta de nosotros mismos. Una promesa formal y decidida de que pese a quien pese lucharemos y actuaremos siempre por aquellos principios por los que él dió la vida, que es lo más sagrado que podía ofrecer.

Entonces será cuando verdaderamente seremos dignos de llamarnos "camaradas" de Matías Montero. Mientras nuestra cobardía o nuestra negligencia nos retase en el compromiso de los deberes que nos están encomendados, cuando olvidemos el compromiso que tenemos hecho en su memoria es preferible que no nos acordemos de él, porque eso denigra su recuerdo.

Yo os aseguro que en los momentos de flaqueza, que en esos momentos de decaimiento espiritual que sufrí en mis trabajos la figura de Matías Montero me sirve de acicate y estímulo.

Y eso es sólo lo que os pido, que por la memoria de Matías Montero luchéis y trabajéis siempre con entusiasmo y vigor hasta el momento en que si es preciso os unáis a él en la gloria del martirio. (Grandes aplausos.)

Luego Manuel Valdés, jefe de Educación Nacional de la Falange, en vibrantes párrafos nos habló así:

"El 9 de febrero hace justamente un año y un día en que un camarada nuestro, Matías Montero, unió el nuestro movimiento con el más allá de los tiempos al morir sublimemente en holocausto de nuestros ideales. Hecho formidable, hecho magnífico, el de este camarada que no supo torcer un punto en su línea recta de conducta, aunque éste le impusiera el máximo tributo de la muerte.

Si nosotros miramos su figura en la perspectiva del tiempo, vemos cómo ésta se nos agiganta y se nos remonta a alturas donde ya lo humano no alcanza. Hoy Matías Montero es un símbolo total de nuestro movimiento, donde está encarnado todo nuestro estilo, todas nuestras inquietudes, y todas nuestras esperanzas.

Quisiera mostraros su figura, con sencillez artesana, sin adornos que la deformen, para que podáis confortaros en la visión de la armoniosa arquitectura de su espíritu.

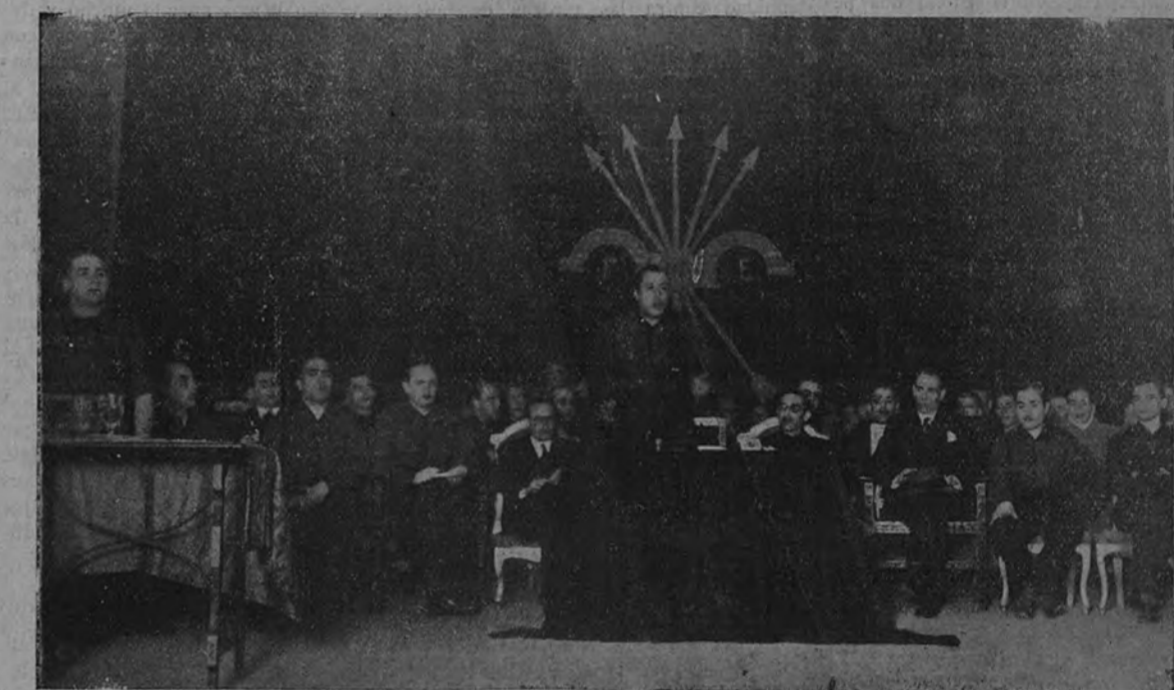
Dos cosas fueron las que principalmente operaron en la formación de su vida: la primera, un amor heroico de la Patria; la segunda, un amor entrañable para sus semejantes. Estas son las dos grandes fuerzas que formaron su ser. En todas las actividades de su vida se le ve transparentadas. El querer vivir una atmósfera que nada se parece a la que nos rodea en la hora presente. El deseaba una justicia firme y verdadera en los hombres, y una España grande y armoniosa cumplidora de su destino en lo universal.

Cuántas veces apartando la vista de la realidad actual, buscaba la confortación de su espíritu en el recuerdo de nuestra historia; y entonces veíamos cómo evocaba aquella España lograda con regueros de sangre, desde las Cuevas de Covadonga hasta las Vegas de Granada, y luego la España que asomándose a las puertas del Monasterio de la Rábida se asomaba a las puertas del mundo; aquella España centro del pensamiento universal; la de las Universidades de Salamanca y Alcalá; la de las cátedras de Vives, Suárez y Vitoria; aquel hombre que veía con admiración el retablo de tantos santos y guerreros que en el ánimo de su heroísmo escribieron las páginas de nuestra historia.

El 29 de octubre, al mirarse al llamamiento de España, sintió el revivir de la nación perdida, y quiso ser como ellos, otro héroe anónimo para que con su sangre no se perdiese la semilla vertida de la Patria, y al morir por ella nos deja un legado, "Testamento inmortal", escrito en la eternidad al presenciar desde el más allá el mañana de nosotros. Tenerlo presente continuamente en vuestra lucha; hace falta gente que se juegue la vida; los españoles están ya desencantados de todo y no se juegan la vida."

Cierto: los españoles no se juegan la vida. La vida y la muerte, en España, no son cosas de juego. Nosotros miramos la vida bajo especie de eternidad, como vocación a lo eterno. Por eso no la tiramos morbosamente en turbios movimientos de suicidio, ni la arriesgamos por frivolidad ni por fanfarronada. Desperdicar la vida es, para nosotros, malversar un caudal que se nos dió en depósito para consagrarlo a un destino.

Los españoles no se juegan la vida. Pero cuando hubo que evangelizar a los indios, o que edificar



cional de la Falange Española de las J. O. N. S. Por fin se consiguió autorización para algunos actos siempre que éstos se celebrasen en locales cerrados que no fuesen ni teatros ni plazas de toros. ¿Qué más daba? Había que hablar a las gentes. Había que decirles la verdad y para esto daba igual la tribuna de un escenario que el montículo donde encaramarse para llevar a aquellos hom-

tre los que escuchaban los había pertenecientes a todas las clases sociales y a todos los extremismos. Pero el que fué con el ánimo predispuesto a la protesta, se convirtió pronto, ante nuestra verdad, en un hombre que sentía encenderse dentro de él ansia de una España más fuerte; de la que nosotros vamos buscando que se encuentre porque existe. Magnífico éxito este de la excursión

temple y entusiasmo rivalizaban las escuadras en los actos de servicio. Las de Jerez dieron el magnífico ejemplo de acudir a todos los actos celebrados en los distintos pueblos. Y el jefe provincial, camarada Bernal, con el entusiasmo de siempre, luchando y trabajando por España y la Falange. Camaradas de la provincia de Cádiz. ¡Adelante!

Matías Montero 9 de febrero de 1934

El día 9 de febrero se celebró un funeral por el alma del camarada Matías Montero. La concurrencia, al templo de Santa Bárbara fué inmensa, estudiantes de todas las facultades ocupaban la inmensa nave de la Iglesia.

El funeral terminó en medio de un silencio impresionante y con escalofríos de emoción, nos dirigimos todos al cementerio, en donde un grupo de camaradas suyos y nuestros le daban guardia durante todo el día. Después de un responso por su alma, nuestro jefe dirigió una breve alocución a todos los reunidos.

Terminando con un ¡¡Presente!! después del cual todos nos disolvimos llevando en nuestro espíritu la imagen de aquel que fué y es nuestro camarada.

Por la tarde del día 10, se verificó una Velada necrológica en los locales de La Única, donde se congregaron unos centenares de estudiantes. A las siete y media dió comienzo el acto.

Habló en primer lugar José Miguel Guitarte, Secretario general del Sindicato Español Universitario, el cual, después de explicar los motivos por los cuales este acto se celebraba, nos expresó la vida universitaria de Matías Montero. Comenzó exponiendo, la época primera de la F. U. E. Aquella época en que los estudiantes poseídos de un sentimiento renovador de la Universidad y llenos de un ardoroso espíritu juvenil, luchaban en pro de la consecución de los fines que ellos creían vitales para el futuro universitario. Nos dijo, como Matías Montero, con un espíritu rebelde en el que se encerraban ansias de un sentido social en la vida, dirigió sus pasos hacia el marxismo.

Pero también rápidamente y sin titubeos, se apartó de las sendas antinacionales para buscar la sabia junga del gran árbol nacional, juntando con esto un sentido de lo social, y un profundo sentido en lo nacional.

Hizo también el camarada Guitarte una breve exposición de los postulados fundamentales del S. E. U. demostrándonos cómo todos ellos se encuentran planteados por Matías Montero a través de todas las vicisitudes de su vida universitaria.

Terminó, con el ofrecimiento de seguir todos siempre la ruta que nos trazó nuestro camarada sacrificando aún la vida en aras de España y de la Universidad. (Aplausos.)

Después hizo uso de la palabra el camarada Jefe Nacional del Sindicato Español Universitario Alejandro Salazar, el cual se expresó en los siguientes términos:

"Hoy hace un año que la tierra fría de la estepa castellana caía sobre las negras tablas que nos ocultaban para siempre el cuerpo de aquel magnífico camarada, cuya memoria nos congrega hoy en este salón.

Los apóstoles del Cristianismo, no tuvieron fuerza suficiente para confesar su idea hasta que la sangre divina de Jesús les dió valor y energía para el martirio.

Que la sangre de mártir de Matías Montero sirva a nosotros también para darnos ese espíritu de sacrificios y heroísmo necesarios para afrontar todos los peligros que lleva consigo la defensa de un sagrado ideal.

Hemos celebrado diversos actos en su memoria; en todos se ha respirado un ambiente formidable de camaradería y de fraternidad. Sin embargo, cuando en la mañana de ayer habéis respondido todos al ser nombrado por nuestro jefe con un *Presente* enérgico y viril, he temido que ignorarais el compromiso que adquiríais con vuestro grito.

Revivís cada uno en vosotros el espíritu de Matías. El no decayó jamás, no hubiera decaído en ningún momento ni hubiera hecho traición a sus principios, porque, aún sabiendo que estaba amenazado de muerte no dudaba en proseguir sus trabajos. ¡Ese era el espíritu de un falangista! Vosotros, camaradas, que con-

El problema agrario y el socialismo

Una solución: Sindicalismo y Cooperación

Dejemos a los muertos en su paz eterna y las doctrinas del pasado en sus tumbas.

Los sindicatos agrícolas que dependen de todas estas organizaciones amorfas, y sus múltiples instituciones han sido hasta ahora simples creaciones artificiosas, con una vida intermitente y dirigida por viejos mascarones, más negociantes y literatores que agricultores.

El socialismo ha debilitado su política agresiva por solicitar el elector a través del campesino.

Es necesario, por lo tanto, aclarar que el marxismo está en oposición fundamental con las realidades campesinas.

1. Las explotaciones pequeñas y medianas vienen a parar hacia la plena propiedad de los que las cultivan.

2. El proletariado agrícola va dejando de día en día el campo por el atractivo de las fábricas y la industrialización de la cultura.

3. El campesino, arrendador o colono, no aspira más que a llegar a ser propietario del campo que cultiva.

Hay, en fin, los factores sentimentales, de los cuales los socialistas se mofan, y que son, por lo tanto, una barrera infranqueable entre la doctrina integral y los campesinos.

El campesino está apasionadamente unido a su tierra. El mira con el mismo sentido que el señor de la edad media miraba sus dominios.

No es ni colectivista ni comunista, y el socialismo vive en el campo de un equivoco.

Para el terrateniente, socialismo quiere decir: reparto, si el socialismo es para llegar a ser propietario.

He aquí los hechos, que es necesario considerarlos si se quiere seguir objetivamente los acontecimientos y poder intervenir con eficacia en el momento oportuno.

Es necesario enseñar a los campesinos que la concepción individualista de la propiedad se ha perdido; hay que hacerles comprender que en nuestra era industrial deben organizar la vida y los esfuerzos colectivamente, que no es cuestión de expropiaciones, sino que la propiedad debe estar ingerida en una diplomacia social destinada precisamente a acrecentar la propiedad de los trabajadores del campo.

Qué en un régimen individualista que ha dado las pruebas de su ineficacia debe de suceder un régimen de cooperación, y que sólo el sindicalismo, basado sobre cooperativas, los pondría al abrigo de los movimientos de un capitalismo agitado y especulador.

Las oficinas nacionales destinadas: primero, a fijar el precio de venta; segundo, organizar la venta cooperativa de la recolección; tercero, a regular el juego de importación y exportación; deben estar regidas, no por el Estado, sino por los representantes locales de los sindicatos.

Un solo remedio a la anarquía presente.

Sindicalismo y cooperación.

Conferencia de Rafael Sánchez Mazas

Ha sido organizado por Falange Española de las J. O. N. S. un curso de conferencias de exposición de su doctrina. La primera de ellas, a cargo de Rafael Sánchez Mazas, versó sobre el tema *Nación. Unidad. Imperio*.

Nación. Unidad. Imperio

Una lección, una exhortación, una arenga; esto y no conferencia es lo que se ha de dar: lección, por la cultura; exhortación, por la moral; arenga por la milicia.

Un concepto: España como existencia o nación; otro, España como esencia o unidad; otro, España como término supremo o Imperio. Y a través de todos, la Falange como ejercicio ascendente de formación civil y universal.

LA NACIÓN

Concebimos a la Nación. Si la examinamos etimológicamente, nación es un concepto vago; suena como nacimiento, nativo, natural.

La nación tiene como un pecado original. Hay en la Biblia dos pecados originales: uno individual, el del árbol; otro colectivo, el de la torre. El pecado de la torre es el de la confusión, la escisión, la separación de las lenguas; de él sale la nación. Nace, pues, de un pecado; lleva en sí un pecado. El del árbol se cura con el sacramento del bautismo; el de la nación, con un bautismo de universalidad.

La nación, en su principio, es una vaga unidad pasional y racial que va, primero, ascendiendo poco a poco a lo histórico con la lengua; de aquí asciende a lo racional—el Estado, unidad perfecta—de aquí a lo casi religioso—la misión universal del Estado: el Imperio.

La nación no debe pasar sino correr siempre, ascendiendo hacia el orden. El orden es dinámico. Lo vivo, quieto muere, se disgrega. Al parar el corazón, ha muerto un organismo, y se disgrega. Las visceras están ordenadas solamente mientras sirven a un dinamismo total.

Hay una novela del siglo pasado y que solamente se le ha dado valor por su carácter de folletín. Es ésta "Los tres mosqueteros", de Alejandro Dumas. Los tres mosqueteros llevan en sí encarnado todo este movimiento de incorporación al orden. De ser unos forajidos llega alguno de ellos—D'Artagnan—a ser Mariscal de Francia.

Esta carrera de la incorporación al orden, quemando las etapas de la Historia, es parte de nuestra moral.

LA UNIDAD

La historia de España se nos aparece como un mundo de variaciones y un mundo de invariantes. La inteligencia marca las invariantes en un mundo de variaciones. Hay invariantes de tipo negativo, pero también las hay de tipo positivo. De tipo positivo son aquellas marcadas por nuestro Jefe en el discurso de constitución de la Falange: la "unidad de destino", la "ley de amor", el "estilo" y la "guardia bajo las estrellas".

España ha tenido tres grandes guerras a favor de la unidad. Primero, contra los moros, impidiendo la división, la desunión racial y religiosa. Después, contra los bandos disgregadores, los comuneros, las germanías, que intentaban hacer partes, posiciones en aquella unidad que era España. Más tarde, durante el XVI y el XVII, por la unidad de raza, de cultura, de religión, España ha sostenido guerra tras guerra.

La Unidad es la idea central de la Falange. Es una idea buena en sí. Todas las cosas buenas del mundo son unas: uno es siempre el amor.

La Falange, como dice su juramento, mantiene sobre todas la idea de unidad: Unidad entre las tierras de España, Unidad entre las clases de España, Unidad en el hombre y entre los hombres de España.

Esta nuestra unidad no tiene nada que ver con la que dicen los que se llaman nuestros afeos: La unidad nacional no es sólo la territorial, la física, sino el complejo cultural, ideal y de futuro.

El centralismo francés concibe la unidad territorial como una unidad universal. Basta un buen entrelazado que una los departamentos. Otros, que han querido darselas más de listos, los del hecho diferencial, la conciben como una unidad vegetal, como un árbol del cual pueden cortarse ramas y plantarse de nuevo produciendo nuevos árboles. Nosotros no estamos con los primeros: centralistas, ni con los segundos: autonomistas. Nosotros creemos que es una unidad orgánica, superior, humana y viviente, en la que, mutilando una de las visceras principales, muere la viscera y muere el ser total. Así, nosotros creemos que no puede separarse a Cataluña de España, porque todo junto forma un organismo, de tal modo unidos que, con la separación de uno de los trozos, descalabrado todo se hundiría y moriría. Toda Cataluña está en toda España y toda España en Cataluña.

La unidad del Imperio. La unidad del Imperio es, en teoría, la primera y en la práctica será la última,

porque, en el campo de los ideales, siempre lo que será último es lo primero. Es cierto que la casa se comienza por los cimientos, pero cuando se ponen éstos, ya se tiene antes la idea de la altura y forma del tejado. Por esto nosotros pensamos en el Imperio.

Pero además, nuestra unidad es de tipo patético, de tipo popular.

Nuestra piedra—piedra de escándalo en las aguas turbias de España—aclara el agua en lugar de enturbiarla; y en lugar de producir unos círculos centrífugos, produce unos círculos centrípetos que recogen y unen en un solo deseo.

Somos, así como en Isaías, piedra de escándalo para las dos casas de Israel. Piedra de escándalo para izquierdas y para derechas. El día que perdamos esta cualidad, habremos perdido todo.

Hay enemigos. Esta unidad, tal como la concebimos, tiene sus enemigos. A los de Babilonia, dice la Biblia, hay que estrellarlos contra las piedras. A los enemigos de la unidad contra las piedras de unidad.

Uno de estos enemigos es la mala cultura, la cultura positivista del siglo XIX, cultura fragmentaria. De ella ha venido a España el concepto de los hechos biológicos, que al fin ha autorizado jurídicamente el separatismo. Es una cultura de lo fragmentario opuesta en todo a lo esencial y religioso, aun cuando muchos de los que ahora se llaman católicos no tengan otra que ella.

Otro enemigo es la mala política, producto de la mala cultura; política que no atiende más que a lo inmediato en una cancelación de lo pasado y una renuncia a la fe en el futuro: es la política actual de partidos. Nosotros no podemos creer en esa política de partidos.

Huyamos también de las uniones falsas, uniones aparentes, faltas de forma. Unimos a ellos es adularlos lo verdadero, romper nuestra unidad. Es algo así como unir al partén una fábrica de ladrillo. Toda la unidad de estilo, de estructura, de destino del Parténon quedaría rota. La unidad se rompe tanto por disminución como por aumento disparatado.

POLÍTICA JUVENIL

La política de la Unidad tiene sus invariantes en la Historia del mundo. Cuando hacemos una política juvenil es porque no debemos hacer otra, porque toda política ascendente hacia la unidad ha sido siempre juvenil, no podemos hacer otra. La política juvenil ha llegado a su fin: la degradación de la unidad, la política, propia de los viejos y de los cortesanos.

La tarea de la Falange es reducir a unidad la multiplicidad y el caos de España. Llevará una política ascendente juvenil, hasta el apogeo viril de potencia unitaria. No creáis en esas panaceas que se anuncian por ahí; unos dicen que la panacea está en el régimen corporativo, otros en la agricultura, otros en la cultura, otros en la economía.

¡No hagáis caso! La única panacea es la concordia de los fines con unidad de mando y unidad de jerarquía. Para lograrla tenemos que unir hombres, cosas y acciones. Haremos la unión por una ley de amor, por una inteligencia de amor. Es la gran diferencia que hay entre Platón y Aristóteles. Platón habla de un orden intelectual abstracto; Aristóteles de una inversión de la voluntad, de una ley de amor activa, en carrera ascendente para llegar a la unidad.

Sólo el amor edifica. La Biblia dice que el arco de la alianza, armonía de traveros y rostros de querubines, la hizo un hombre "sabio de corazón". Sabios de corazón seamos para construir la nuestra; y en la Falange. El que no pueda traer a nuestra "arca de la alianza" imágenes divinas, que traiga humildemente traveros.

Unidad de destino: construcción, trabajo. Nuestros partidos sólo se mueven por la comodidad o incomodidad; toda conciencia de unidad de destino está cancelada en ellos. De seguro que, a pesar de todas sus abominaciones ideológicas, si la política de Azana no les hubiera incomodado, se hubieran quedado bien tranquilos.

Hoy el Estado aparece vacío de este concepto de unidad de destino. No hay en el Imperio un itinerario, no hay una meta. O se quiere una conciencia histórica o no. La Falange es una política juvenil, de combate por todos los medios para llegar a la unidad de los fines. Iremos logrando todos los fines uno por uno; subiremos escalón por escalón. Antes de comenzar a subir tiene que estar la escalera apoyada en lo más alto. Ahora se habla mucho de acción, nosotros tenemos otra palabra: ejercicio, con todo su carácter militar, heroico; de ella, ejercicio. Dentro de nuestro ejercicio hemos de formar una jerarquía iluminada. Esta era el alma del Imperio; por encima de las lenguas, por encima de las razas. El Imperio es ante todo una doctrina moral; no es algo para declamar en los tabladillos teatrales, sino para hacerle, pa-

Sobre este tema pronunció una conferencia el día 3 del corriente, en el Teatro Calderón, de Valladolid, el Jefe nacional de la Falange Española de las J. O. N. S. José Antonio Primo de Rivera. Una concurrencia enorme escuchó sus palabras. Le acompañó toda la Junta política del Movimiento. He aquí un extracto de lo que dijo:

Después de un año.

Mañana hará un año, en este mismo teatro, la Falange Española de las J. O. N. S. se presentaba ante España.

En aquellas fechas se había realizado la fusión de los núcleos integrados por J. O. N. S. y Falange Española, que desde entonces forman irrevocablemente la Falange Española de las J. O. N. S. Aquel acto fue el primero de su propaganda y, con el brio de todas las cosas pujantes, concluyó a tiros. Casi siempre el empezar a tiros es la mejor manera de llegar a entenderse. En este año hemos andado mucho y debemos aspirar a presentarnos con cierto grado de madurez que acaso fuera insospechable en 1934; al cabo de un año nuestro movimiento tiene que haber encontrado sus perfiles intelectuales.

Hubo quienes pensando en nosotros creyeron ver en la calle la fuerza de choque de algo que después correría a cargo de las personas sensatas; ahora ya no lo piensan y por nuestra parte, de una manera expresa nos sentimos no la vanguardia, sino el ejército entero de un orden nuevo que hay que implantar en España (grandes aplausos), que hay que implantar en España, digo, y ambiciosamente, porque España es así, añado: de un orden nuevo que España ha de comunicar a Europa y al mundo. (Aplausos.)

Edades clásicas y edades medias.

Las edades pueden dividirse en clásicas y medias; éstas se caracterizan porque van en busca de la unidad; aquellas, son las que han encontrado esa unidad. Las edades clásicas, completas, únicamente terminan por consunción, por catástrofe, por invasión de los bárbaros. Roma nos presenta este proceso. Su edad media, de crecimiento, va desde Cans a Aocio; su edad clásica de Aocio a la muerte de Marco Aurelio; su decadencia desde Cómodo a la invasión de los bárbaros. Cuando empiezan a operar en Roma los dos disolventes que habían de terminar en su destrucción, Roma estaba completa, Roma era la unidad del orbe; no le quedaba nada por hacer: Todo lo externo estaba realizado y Roma no tenía vida interior: su religión se limitaba a regular ceremonias; su moral era una moral de pueblo sobre las armas, militar cívica; magníficos resortes para cuando se edificaba, inútiles una vez concluida la construcción. Por eso el cansancio

quererle desde ahora con tensa y escueta voluntad.

Hay una gran confusión de ideas en lo que se relaciona con el Imperio, Imperio no es únicamente sinónimo de grandes acorazados, territorios, islas, etc.; el Imperio es ante todo una actitud del alma, colectiva. Antes que extensión es calidad. El Imperio no se reduce a la nación o al Estado. Puede haber Imperio en la familia, en la Falange por el sistema de mando. Imperemos dentro de la Falange; imperando en ella, imperaremos sobre los demás partidos. Imperando sobre los demás partidos, imperaremos en España. Imperando en España, podremos un día llegar a imperar en el mundo.

Escalera de fines es la que subimos. Para subirla debemos a la vez llenarnos de paciencia e impaciencia. Demos además al Imperio el carácter que ha de tener. Desde Roma hasta Carlos V el Imperio recibía el nombre de "piadoso". Los que por él morían, morían por aquellos mismos que les moraban. Así, en aquella época en la que aún no había venido Jesucristo, su Imperio, Roma, luchaba con unos numantinos a los que quería dar una cultura, una legislación, una vida nueva. La nación corre siempre el peligro de sentirse numantina e invertirla los remos. El Imperio es piadoso; los que contra él luchan luchan contra sí mismos, contra su bien. En realidad, nuestro Matías Montero moría para redimir a aquellos mismos que le mataban y en los escritos que nos legó cantaba el Imperio.

YUGO Y HAZ

Hemos asumido para nuestra tarea el yugo y el hax. La primera vez que pensé podrían ser emblema de un movimiento imperial español, fué en Palermo. Estaba esculpido en un arco medio derruido.

Entonces recordé el artículo famoso de Ortega y Gasset: "El arco en ruinas" y pensé igualmente "Con este arco en ruinas podría llegarse de nuevo a construir". El yugo era la labor de la tierra, pero también

cio de Roma hubo de refugiarse en dos movimientos de vuelta hacia la vida interior: primero el estoicismo de nuestro Séneca, que es, todavía, una actitud intelectual, sin efusión; luego el cristianismo, que era la negación de los principios romanos: la religión de los humildes y de los perseguidos, capaz de negar al César su divinidad y aun su dignidad sacerdotal. El cristianismo minó los cimientos de la Roma agitada; pero falta todavía, para que Roma acabe de desaparecer, la catástrofe, la invasión de los bárbaros.

Estamos ahora cabalmente al fin de una edad que siguió tras la edad media, a la edad clásica de Roma. Destruída Roma, empieza como un barbecho histórico. Luego empiezan a germinar nuevos brotes de cultura. Las raíces de la unidad van prendiendo por Europa. Y llega el siglo XIII, el siglo de Santo Tomás. En esta época la idea de todos es la "unidad" metafísica, la unidad en Dios; cuando se tienen estas verdades absolutas, todo se explica y el mundo entero, que en este caso es Europa, funciona según la más perfecta economía de los siglos. Las Universidades de París y de Salamanca razonan sobre los mismos temas en el mismo latín. El mundo se ha encontrado a sí mismo. Pronto se realizará el Imperio español, que es la unidad histórica, física, espiritual y teológica.

La agonía de nuestra edad clásica.

Hacia la tercera década del siglo XVIII, empiezan las congojas, las inquietudes; la sociedad ya no cree en sí misma; ya por cree tan poco, como el vigor de antes, en ningún principio superior. Esa falta de fe, en contraste con la pesadumbre de una sociedad otra vez perfecta, impulsa a los espíritus débiles a la fuga: a la vuelta a la Naturaleza.

Juan Jacobo Rousseau representa esta negación y porque pierde la fe de que haya verdades absolutas, crea su Contrato Social donde teoriza que las cosas deben moverse no por normas de razón, sino de voluntad. Surgen los economistas y empiezan a interpretar la Historia por referencia a las nociones de mercancía, valor y cambio. Surge la gran industria y con ella la transformación del artesanado en proletariado. Surge el demagoguismo que encuentra disuelta una masa proletaria reducida a la desesperación; y lo que se creyó progreso indefinido estalla con la guerra de 1914, que es la tentativa de suicidio de Europa. (Prolongada ovación.)

La Europa de Santo Tomás era una Europa explicada por un mismo pensamiento. La Europa de 1914, trae la afirmación de que no quiere ser una. Producto de la Guerra Europea es la creación de legiones de hombres sin ocupación; después de aquella catástrofe, se desmovieron enormes masas de hombres parados; la industria se encuentra desquiciada, aparece la competencia de las fábricas y se levantan las barre-

ras aduaneras. En esta situación, perdida además toda fe en los principios eternos, ¿qué se avecina para Europa? Se avecina, sin duda, una nueva invasión de los bárbaros.

Pero hay dos tesis: la catastrófica, que ve la invasión como inevitable y da por perdido lo caduco y lo bueno; la que sólo confía en que, tras la catástrofe, empiece a germinar una nueva edad media; y la tesis nuestra, que aspira a tender un puente sobre la invasión de los bárbaros: a asumir, sin catástrofe intermedia, cuanto la vieja edad hubiera de tener de fecundo y a salvar, de la edad en que vivimos, todos los valores espirituales de civilización. (Ovación.)

Ante la nueva horda.

Tal es nuestra tarea ante el comunismo ruso, que es nuestra amenazadora invasión bárbara. En el comunismo hay algo que puede ser recogido: su abnegación, su sentido de solidaridad. Ahora bien, el comunismo ruso, como invasión bárbara que es, es excesivo y prescinde de todo lo que pueda significar un valor histórico y espiritual; es la antipatria, carece de fe en Dios; de aquí nuestro esfuerzo por salvar las verdades absolutas, los valores históricos, para que no perecan. (Ovación que dura largo rato.)

¿Cómo podrá hacerse eso? Esta es una pregunta que empieza a tener respuesta, aquí, en Castilla y en España.

Una de las pretendidas soluciones es la social-democracia. La social-democracia conserva esencialmente el capitalismo, pero se dedica a echarle arena en los cojinetes. Esto es un puro desatino.

Otra pretendida solución son los Estados totalitarios. Pero los Estados totalitarios no existen. Hay naciones que han encontrado dictadores geniales que han servido para sustituir al Estado; pero éste es imitable y en España, hoy por hoy, tendremos que esperar a que surja ese genio. Ejemplo de lo que se llama Estados totalitarios son Alemania e Italia; y notad que no sólo no son similares, sino que son opuestos radicalmente entre sí; arrancan de puntos opuestos. El de Alemania arranca de la capacidad de fe de un pueblo en su instinto racial. El pueblo alemán está en el paroxismo de sí mismo; Alemania vive una superdemocracia. Roma en cambio pasa por la experiencia de poseer un genio de mente clásica que quiere configurar un pueblo desde arriba. El movimiento alemán es de tipo romántico; su rumbo de siempre; de allí partió la Reforma e incluso la Revolución francesa, pues la declaración de los derechos del hombre, es copia calcada de las constituciones norteamericanas, hijas del pensamiento protestante alemán. (Ovación.)

Ni la socialdemocracia ni el intento de montar sin genio un Estado totalitario bastarían para evitar la catástrofe. Hay otro género de ungüentos, de los que en España somos pródigos: me refiero a las confederaciones, bloques y alianzas. Todos ellos parten del supuesto de

que la unión de varios enanos es capaz de formar un gigante. Frente a este género de remedios hay que tomar precauciones. Y no debemos dejarnos sorprender por su palabrería. Así hay movimientos de esos que como primer puntal de sus programas ostentan la Religión, pero que sólo toman posiciones en lo que significa ventaja material; que a cambio de una moderación en la reforma agraria o un pellizco en los haberes del clero, renuncian al Cruce en las escuelas o a la abolición del divorcio. (Enorme ovación.)

Otros bloques de esos se declaran, por ejemplo, corporativistas. Ello no es más que una frase; preguntemos si no al primero que nos habla sobre esto: ¿qué entiende usted por corporativismo? ¿Cómo funciona? ¿Qué solución da, por ejemplo, a los problemas internacionales? Hasta ahora el mejor ensayo se ha hecho en Italia y allí no es más que una pieza adjunta a una perfecta maquinaria política. Existe, para procurar la armonía entre patronos y obreros, algo así como nuestros Jurados mixtos, agigantados: una Confederación de patronos y otra de obreros y, encima, una pieza de enlace. Hoy día el Estado corporativo ni existe, ni se sabe si es bueno. La ley de Corporaciones en Italia, según ha dicho el propio Mussolini, es un punto de partida y no de llegada como pretenden nuestros políticos que sea el corporativismo. (Aplausos.)

El orden nuevo.

Cuando el mundo se desquicia no se puede remediar con parches técnicos: necesita todo un nuevo orden. Y este orden ha de arrancar otra vez del individuo. Oigan los que nos acusan de profesar el panteísmo estatal: nosotros consideramos al individuo como unidad fundamental, porque éste es el sentido de España, que siempre ha considerado al hombre como portador de valores eternos. El hombre tiene que ser libre, pero no existe la libertad sino dentro de un orden.

El liberalismo dijo al hombre que podía hacer lo que quisiera, pero no le aseguró un orden económico que fuese garantía de esa libertad. Es, pues, necesaria una garantía económica organizada, pero, dado el caos económico actual, no puede haber economía organizada sin un Estado fuerte; y sólo puede ser fuerte sin ser tiránico el Estado que sirva a una unidad de destino. He ahí como el Estado fuerte, servidor de la conciencia de una unidad, es la verdadera garantía de la libertad del individuo. En cambio el Estado que no se siente servidor de una unidad suprema, teme constantemente pasar por tiránico. Ese es el caso de nuestro Estado español: lo que detiene su brazo para hacer justicia tras de una revolución cruenta es la conciencia de su falta de justificación interior, de la falta de una misión que cumplir. (Ovación.)

España puede tener un Estado fuerte porque es, en sí misma, una unidad de destino en lo universal. Y el Estado español puede ceñirse

al cumplimiento de las funciones esenciales del poder descargando no ya el arbitraje, sino la regulación completa en muchos aspectos económicos, a entidades de gran abolengo tradicional: a los Sindicatos, que no serán ya arquitecturas parasitarias según el actual planteamiento de la relación de trabajo, sino integridades verticales de cuantos cooperan a realizar cada rama de producción.

La vuelta al campo.

El Estado nuevo tendrá que reorganizar con criterio de unidad el campo español. No toda España es habitable: hay que devolver al desierto y sobre todo al bosque muchas tierras que sólo sirven para ser saqueadas por el hambre y la miseria. Masas enteras habrán de ser trasladadas a las tierras cultivables, que habrán de ser objeto de una profunda reforma económica y una profunda reforma social de la agricultura: enriquecimiento y racionalización de los cultivos, riegos, enseñanza agropecuaria, precios remuneradores, protección arancelaria a la agricultura, crédito barato; y de otra parte patrimonios familiares y cultivos sindicales. Esta será la verdadera vuelta a la Naturaleza, no en el sentido de la égloga, que es el de Rousseau, sino en el de georgica, que es la manera profunda, severa y ritual de entender la tierra. (Estruendosa ovación.)

Con el mismo criterio de unidad con que se reorganice el campo hay que reorganizar toda la Economía. ¿Qué es eso de armonizar el capital y el trabajo? El trabajo es una función humana, como es un atributo humano la propiedad. Pero la propiedad no es el capital; el capital es un instrumento económico, y, como instrumento, debe ponerse al servicio de la totalidad económica, no del bienestar personal de nadie. Los embalses de capital han de ser como los embalses de agua; no se hicieron para que unos cuantos organicen regatas en la superficie, sino para regularizar el curso de los ríos y mover las turbinas de los saltos de agua. (Gran ovación.)

Sólo puede salvarse el espíritu.

Para implantar todas esas cosas hay que vencer desde luego incontables resistencias. Se opondrán todos los egoísmos; pero nuestra consigna tiene siempre que ser ésta: no se trata de salvar lo material: la propiedad, tal como la concebíamos hasta ahora, toca a su fin; van a acabar con ella, por las buenas o por las malas, masas que en gran parte tienen razón y que, además, tienen la fuerza. No hay quien salve lo material; lo importante es que la catástrofe de lo material no arruine también valores esenciales del espíritu. Y esto, es lo que queremos salvar nosotros, cueste lo que cueste, aun a trueque del sacrificio de todas las ventajas económicas. Bien valen éstas la gloria de que España, la nuestra, detenga la definitiva invasión de los bárbaros. (Una formidable ovación acogió el término del discurso.)

BOHEMIOS, NO: COFRADES

Por E. Giménez Caballero.

Las "Casas Porza" (de tipo laico) de que hablaba en mi artículo anterior constituían el mejor ejemplo de la "querencia monacal" que pervive en la subconciencia del artista. El ansia de una vuelta a cierta disciplina espiritual, el retorno a elegir en el mundo los paisajes más bellos, donde más luzca la gloria de Dios.

El "Turismo"—esa institución bárbara y laica que es el Turismo—no podrá nunca llevar, sus "snobs autocars", a grandes paisajes sin encontrar en todo grande paisaje enclavado la ruina de una abadía, de un monasterio (casas "Porzas" de antaño).

¿Cómo se instalaron aquellas grandes fábricas de artistas que fueron las famosas órdenes monásticas? Clemy, Camaldula, Cister, Carmelo. ¿Dónde instalaron sus casas benedictinas, cartujos y franciscanos? Orillas de lagos, cimas de montañas, valles de luz, imperios de soledad, gracia, silencio y belleza. ¿Cómo se realizaron esas casas? Por donaciones del "estado" de entonces. Donaciones de "señoríos".

Y cuando las donaciones no eran cuantiosas, buscaron el sistema

la disciplina, el orden, el yugo de las artes y de las ciencias, el instrumento para realizar la fatiga. Las flechas querían decir, no sólo la unidad, sino también que estén prestas para lanzarse y hender el aire con ala de pluma y aguijón de acero.

Nuestro fin; nuestra suprema aspiración es subir la escalera difícil de los fines, ring por uno, para que las generaciones ascendan a la idia magna del Imperio.

"mendicante". Que hermanos mendicantes fueron siempre los artistas y poetas. "Pobrecitos hermanitos, fratielli, vandervogel".

El artista y el intelectual—sienten ya la angustia intelectual por más tiempo—de su dispersión, de la rotura de su hermandad.

Y a soldar esa rotura, y crear otra, tienden todos los esfuerzos de esas llamadas "cooperaciones intelectuales". Y, sobre todo, esa orientación hacia la "gremialidad", a la "sindicación", a la "cofradía", al sentido humilde y social de lo "artesano", que se va mostrando en algunos países, en países "regresados de lo romántico". Así en Italia, en Alemania, en la misma Rusia, que tornan al artista como "cofrade" enpeñada y aviolinada y errabundado y uniformado. Frente a la de y antisocial "alma bohemia". Por eso tiene tanto interés el ensayo "sindical" de "Gu" en el viejo San Sebastián artesano, pescador, operario cofrade.

Es un error creer que en las épocas de mayor esplendor artístico gozaron los artistas privilegios excepcionales como individuos. Por el contrario, se les tuvo como "artesanos" y "operarios".

En la Roma pagana y cesárea sólo tenían derecho a la ciudadanía los arquitectos. Pero no los pintores ni los escultores.

Durante la Edad Media—cuando no estaban refugiados en el convento—se confundían con la clase ministril de los juglares. Eran simples ministriles.

Poco a poco se fueron organizando en Corporaciones y Gremios, en Cofradías que recordaban la organización elástica y colegiada del antiguo imperio romano.

Los artistas formaban grupos profesionales, y eran utilizados en empresas colectivas de tipo social y de sentido religioso. Pero desde que en el 800 surgió el emblema de "arte libertas" y comenzaron a estilarse "las Exposiciones", para dar cauce a esta teórica libertad de los artistas, los artistas fueron perdiendo algo peor que la libertad: el arte mismo. Del modo que el Parlamento, nacido para salvar al libertad del ciudadano, ha terminado por acabar con la ciudadanía.

De ese estado liberal—corrompido y cursi—viene la confusión, hoy ya inaceptable, de que un "arte" de "Estado" es un arte "pompiere", "falso".

El arte protegido por el Estado liberal, si—era un arte falso y de pacotilla. Porque el Estado liberal entendía su función o bien como "beneficencia" o bien como "compadrazgo". De ahí esos cuadros horrendos e intolerables que suelen decorar los Ministerios y edificios públicos; y las estatuas y los proyectos arquitectónicos, todas esas "obras artísticas", cuya compra o encargo dependiera de un jefe de negociado, amigo del Ministro de turno.

Algo semejante le ha ocurrido a la Iglesia, en esos tiempos mismos. Ella, animadora, creadora y exaltadora del arte en tantos momentos sublimes, parecía haberse reducido a un ideal de belleza gobernado por apagavelas. Por gentes que

ahuyentaron a los mejores espíritus, del servicio religioso, y se quedaron sólo con el sacerdote torpe, basto y lo que es peor, burocratizado. Ese tipo de cura que confundía y confundió el alma de los fieles con una oficina de Municipio.

Las dificultades que se presentan para el desarrollo sindical de los artistas no son—hoy por hoy—pequeñas.

Roberto Papini y Antonio Maraini, que han estudiado estos problemas en la Italia actual, advierten la necesidad de mantener e intensificar las relaciones sindicales de los artistas con otros sindicatos. Pintores y escultores, con arquitectos e ingenieros. Y con los gremios de la industria y del comercio.

Para lo selectivo, frente a la "Exposición", se tiende a volver, con todos sus inconvenientes, pero con todas sus posibles grandezas, "al concurso" a la "oposición" de tono militante. Siempre que una legislación especial garantice esta práctica.

Otro problema que ha surgido en esta organización sindical es el de saber "quién sea artista", "quién pueda sindicarse". ¿El que ostente un título académico? ¿El que se llame a sí mismo artista? Ello se ha solucionado, con el simple "recaudador de impuestos". De un modo energético y seguro.

En cuanto a los dirigentes de los sindicatos de arte, se ha convenido también en que no son los mismos artistas los mejores regidores. Porque el arte de la organización es otro arte que el "arte".

(De "El Diario Vasco").

CENTRAL OBRERA

¿Apolíticos? Hechos y no La gran estafa del frente único

palabras

Todos los partidos de la burguesía, defienden denodadamente el apolitismo de las organizaciones obreras. Los Sindicatos han de consagrarse exclusivamente a la defensa de su mejoramiento material y moral. Bien; esa es una de sus tareas. ¿Pero quién discierne el mejoramiento tanto moral como material de la clase obrera? En última instancia al Parlamento, a los instrumentos legislativos, que ordenan no sólo cómo han de ser los Sindicatos, su funcionamiento, si no cómo los derechos sociales, etc. Y esta tarea quiere la burguesía ejecutarla ella misma. Es natural. De esta forma se hacen las cosas a su gusto.

De esto no queremos que los camaradas deduzcan que defendemos el sistema parlamentario, si bien llevando representantes obreros. Nada de eso. No queremos destacar la incongruencia de las pandillas políticas que aconsejan el apolitismo a los obreros, a sus organizaciones, mientras ellos hacen política, su política, la política que interesa a las grandes Empresas de los que ellos en gran parte son consejeros y cuando tienen que resolver problemas obreros lo hacen con criterio burgués. Algunos argüirán: No se puede admitir que los Sindicatos obreros sean socialistas o nacionalsindicalistas, o de igual forma que la Telefónica o el Banco Hipotecario, no son azafistas, por ejemplo. Esta objeción, que es muy corriente, no resiste el más ligero examen. Es posible que ni la Telefónica ni el Banco Hipotecario sean azafistas. Lo que no se puede afirmar es que les sea indiferente el nacionalsindicalismo que viene a acabar con sus privilegios. Es decir: no serán azafistas; pero les interesa de una manera vital la existencia de este régimen. Y cuando el problema que los obreros tenemos planteado no es el de la creación de tal o cual Institución de carácter benéfico, sino el de organizar la producción y distribución con vistas a las necesidades generales, el centro de las preocupaciones de los Sindicatos no es, no puede ser sacar esta ni la otra ventaja, fácilmente neutralizada, sino orientar nuestra actividad hacia un tipo de economía, un Estado, en el que los productores no estén rencorosamente divididos, la producción no sea una anarquía, el pan de los obreros un capricho de los capitalistas, no sea posible el paro, el trabajador esté integrado con plena dignidad en la Comunidad nacional. Es decir: hacia un Estado nacionalsindicalista.

Nosotros, el movimiento nacionalsindicalista es político, profundamente político, porque quiere imponer un sentido nuevo de la vida, porque quiere acabar con el capitalismo financiero, con el sistema de partidos, con todos los parásitos.

No es posible sustraerse a la política. O se hace política de partido en beneficio de un sector capitalista, o se hace política nacional al servicio de todos. Los cuocos que recomiendan el apolitismo, ven que se les acaba el agosto. Por eso tocan a rebato.

Noticiario de la organización

Siempre ocurre lo mismo. Al acercarse las elecciones, nuestro Ayuntamiento, ya sea de origen "popular" ya de origen... gubernamental, se acuerda de que existen los obreros, y a prisa y corriendo, con gran estruendo, organiza una política "obrero" del mismo modo que cuando llega S. Isidro se monta la Verbena.

Quiere, nuestro Ayuntamiento, colocar obreros, muchos obreros. ¿En qué? Esto no es lo importante. Lo importante es que la hora de la verbena política se aproxima y hay que evitar sorpresas. Hasta ahora apenas si se nota esta actividad del

Ayuntamiento porque se desenvuelve con ritmo acelerado...

Es corriente creer que una entidad oficial de una provincia, es igual a otra entidad oficial de otra provincia, porque las dos sirven la misma política. Por ejemplo: Es creencia general que una Delegación Provincial del trabajo de una provincia, en su funcionamiento, en la aplicación de las leyes es igual a otra Delegación Provincial porque los dos son órganos del Ministerio del Trabajo. Profundo error.

La Delegación de una Provincia, hace o interpreta las leyes según su saber y entender político muchas veces. Y otra hace lo mismo, con sentido distinto.

En Madrid los libros de los Sindicatos no abonan derechos a Hacienda. Es lo justo. Pero en Oviedo unas veces los exigen y otras no.

En Madrid, Zaragoza, Oviedo, se aprueban los estatutos, los mismos en Bilbao sufren un Calvario.

¿Se nos quiere explicar cómo es posible esto?

El anarquismo o no escucha o es una rabieta romántica y revolucionaria. Los anarquistas, al revés de los socialistas, son generosos, idealistas y revolucionarios integrales. Ellos lo afirman cada dos por tres. Pero entre todos ellos los que se distinguen son los camareros.

¿Pruebas? Un botón.

Con ocasión de los carnavales aumenta considerablemente el trabajo de los camareros. Buena ocasión para que los parados ganen algunas pesetas. Esto había sido lo corriente hasta que este año, algunos patronos, como el señor Espinosa, han llevado para los servicios extraordinarios a los anarquistas que trabajan diariamente. Qué bien, ¿eh? Generosos y revolucionarios que son los anarquistas. A comer ellos solos y a los demás que los parta un rayo.

Los Jurados Mixtos son una delicia. Actúan como señores de hora y cuchillo. ¿Eres socialista? Puedes estar tranquilo entonces. "Te harán justicia". No eres socialista? No vayas; no pierdas el tiempo. Los proletarios que allí anidan hacen sólo justicia proletaria. Esto después de octubre y en las propias narices del señor Anguera de Sojo.

Conocemos el caso de una tahona en que los "camaradas del Jurado Mixto" han olvidado a la propia autoridad militar.

¿Hasta cuándo así?

¿Qué falta hace que empuñemos la escoba en una mano y la estaca en la otra!

Contamos pocos meses de existencia como organización. En este breve plazo de tiempo han quedado perfectamente dibujadas nuestras características esenciales. Como auténtico movimiento revolucionario, hemos obrado más que hablado. Al revés de los que todo lo hacen de boquilla.

Desde el primer momento luchando sin cesar, hemos querido que fueran los "hechos", los hechos nuestros, que entran por los ojos, los que expresan nuestras aspiraciones. Sin perder de vista nuestros objetivos fundamentales, al contrario, sirviéndolos cada día a través de las situaciones concretas, vamos sin vacilaciones a dar la batalla a toda la rotahila de vividores que están haciendo el agosto explotando el temple revolucionario de la masa trabajadora, desde los marxistas de todo pelaje hasta los populistas, entregados en cuerpo y alma al capitalismo, pasando por los trabajadores situados en los partidos de centro, izquierda y derecha. Somos una solución total, y no perdonaremos esfuerzo para aplastar toda postura personal o de fracción.

Seremos, mejor dicho, somos los campeones de las luchas por librar a todos los trabajadores de su miseria. No toleramos que los españoles estén divididos en hartos y hambrientos. No hay razón alguna para que en España se sufra hambre. Mas si por la impotencia del sistema económico liberal no es posible lograrlo, inmediatamente, sin perjuicio de orientar nuestros esfuerzos para su aplastamiento, exigiremos que el sacrificio pese sobre todos. De ninguna manera podemos admitir que sea la clase obrera la que pague las consecuencias de modo exclusivo; como auténtico movimiento nacional, sentimos con calor las angustias de los productores. Con acciones que cada día ganarán en empuje e intensidad, vamos a forjar el instrumento revolucionario: la organización nacional sindicalista.

Todos nuestros actos son fases del proceso revolucionario que con pisada firme estamos dispuestos a recorrer. El problema de organización vamos a resolverlo sobre la marcha. Crear órganos para los combates que se aproximan tiene mucha importancia. Y al lado de esto, despertar la emoción nacional entre los productores.

Desde los tiempos aquellos de Carlos Marx con su "proletariado de todos los países unidos" a este año de gracia, lo que ha llovido. Y la granizada más gorda ha sido la rusa. La rusa no por su novedad sino por su consecuencia a través de los tiempos y todas las situaciones. Desde tiempo inmemorial la política exterior rusa ha seguido estas dos direcciones: Expansión hacia oriente y alianza con Francia. Es decir, bloqueo alemán.

Para apoyar su política en Occidente creaba grupos políticos, más o menos numerosos, que si los financiaba los sujetaba a una disciplina temible. Eran verdaderos instrumentos en sus manos. Esto es tradicional en la política rusa. Ahora, con Stalin, con la dictadura del proletariado, en la patria del Proletariado mundial, se sigue idéntica política: Alianza militar con Francia. Y una pregunta ahora:

Para imponer la dictadura del proletariado ¿es preciso ir en brazo del imperialismo francés?

En todos los países la I. C. ha creado partidos comunistas subordinados totalmente a ella. A tal punto que cualquier situación política interior ha de verse según el análisis hecho en Moscú.

Los partidos Comunistas son aprendices de la Comisaría Exterior. Esta los paga y ella los administra. Nombra direcciones a capricho e impone rumbos políticos.

Todo el interés de Moscú está en destruir el sentimiento nacional de la masa obrera en beneficio propio.

Por esto, además de la consigna general de lucha, contra toda tendencia nacionalista fuera de Rusia, claro está, utilizan toda oportunidad de arrastrar la causa trabajadora tras de banderines sugestivos de "Revolución social", "Camino de octubre", etcétera...

No se ha dado el caso, en ningún país, que ninguna conquista lograda por los trabajadores se deba al esfuerzo de los comunistas. A pesar de su afán por las luchas inmediatas huyen de las reivindicaciones concretas como el diablo. Nada tan contrario a

su táctica como elevar el nivel de vida en los trabajadores. Este se traduciría queriendo o no, ellos no lo quieren por una parte en una elevación de su nivel de existencia con su consiguiente apego a las cosas nacionales y por otra en una auténtica medida revolucionaria. Esta postura tan débil obliga a continuos saltos, a realizar las operaciones políticas conocidas con el nombre de "virajes". Los virajes son 1. tapadera de sus traiciones a los trabajadores. Con los virajes se explica todo lo inexplicable y se alcanza a la ingenua masa que los sigue.

Ahora por necesidades de su política exterior han impuesto un nuevo viraje. Durante años la tarea central de los comunistas ha sido el Frente Único. El Frente Único era la panacea. Conseguido esto, la revolución era un hecho. Claro está, no querían una unión cualquiera sino una unidad revolucionaria. La querían forjar el gran instrumento de la revolución. De aquí que no quisieran ni oír hablar de una unión con los jefes socialistas. Estos eran los traidores. Hacerlo con ellos significaba entregar el movimiento obrero a los "tiburones" del "capital y la tierra". Pero ¡ah! no contaban con la huésped, y la huésped, Moscú, ha ordenado porque paga y le conviene unirse con los socialistas, no por abajo sino de cualquier forma. Y el milagro se ha hecho. Hoy es una realidad el frente único no inspirado por los comunistas sino manejado por los "eternos traidores del proletariado". Hoy por obra y gracia de la diplomacia rusa, como ayer, como siempre, se ha echado por la borda toda la historia del "Socialfascismo", "de las leyes de represión contra los trabajadores", "del frente único por la base", etc., y comunistas en brazos de Largo Caballero el de la ley de 8 de abril y con la bendición de Moscú se aprestan a especular con el coraje revolucionario de la masa trabajadora española cotizándolo en el mercado de la política, sirviéndose de la traición de los socialistas y los dineros de la "patria del proletariado".

El frente único ha sido el gran engaño que han hecho rodar años y años los dirigentes de Moscú para venir a esta colosal estafa:

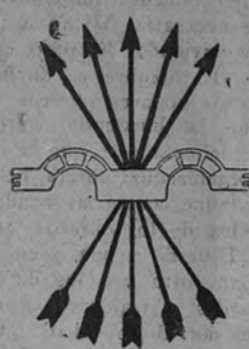
Ha lanzado a una lucha rencorosa a la masa trabajadora por si el Frente único debía ser por arriba o por abajo, para acabar porque lo exige sus relaciones con Francia, elevando a Largo Caballero el "socialfascista", el de la "legislación fascista", el que votó las "deportaciones obreras" el que negó los "créditos para los parados", a la categoría de Jefe supremo de la Revolución a la Rusia. La historia se repite. Como ayer, como siempre, Rusia con su dinero y utilizando los servicios de todos los traidores hace "su política". Y la masa obrera pagando el pato.

Está era la plataforma sostenida por los comunistas años y años. Llegó la revolución de octubre. La masa obrera que participa en la lucha, no descubre un solo órgano de frente único, el glorioso Soviet de Lema es una patraña, ni los crea durante la lucha. Si alguna experiencia aleccionadora se desprende del "octubre asturiano" es la quebra del dogma marxista de la masa absoluta. La masa sin jefes, sin verdades anteriores y permanentes, se despena en acciones aisladas, sin objetivo político.

Nuevamente se quiere poner en pie la ficción del frente único como a un gran mito. Los comunistas sectarios al servicio de la Internacional, quieren repetir la experiencia de octubre. De nada sirven los hechos. Ellos no los tienen en cuenta ni les preocupan sus consecuencias. Llévase el frente único. Así lo dispone la Internacional que paga. Correrá la sangre del pueblo. Los dirigentes no caerán en la lucha. Y en Ginebra, en los salones agradables de la burguesía, Livinof, el diplomático de la "Patria del proletariado", rodeado de mujeres perfumadas, beberá champán, por los proletarios caídos, por el frente único, por la revolución social.

TAREA URGENTE

Mientras las grandes entidades bancarias cierran sus ejercicios con crecidos beneficios, la modesta industria, el modesto comerciante se arruinan entre otras razones, por carecer de crédito. ¡Hay que acabar con el monstruo del gran capitalismo financiero! La economía nacional no puede estar a merced de especuladores y gente sin entrañas. Urge, llegando a la raíz, poner el crédito al servicio de las necesidades nacionales, rescatándolo de las oligarquías internacionalistas.



El pan, el abrigo y el albergue

Es intolerable como se quiere jugar con el hambre de los obreros. Los beneficiarios de este régimen burgués, los políticos y los dueños del gran capitalismo han iniciado el juego de alucinar a la masa hambrienta con un barullo inabarcable de millones.

Todas las sectas políticas se sienten, ahora, repentinamente generosas con los parados. Todas claman contra el paro. Todas estiman que es el problema más agudo de los planteados. Todas lo están paseando con un frenesí, demasiado ardiente para ser sincero, por toda España.

¡Cien millones!, gritan los de la CEDA. Mil millones, responden los radicales. ¡Hay que terminar con la vergüenza del paro!—exclaman las izquierdas.

¿Pero que ha pasado aquí, para que los trabajadores sin pan ni hogar merezcan esta atención extraordinaria? No parece sino que este angustioso problema de centenares y centenares de miles de obreros, desesperados, sin un pedazo de pan, ha surgido de repente, de la noche a la mañana.

Lo que pasa es que ha llegado la hora para los políticos, que viven de espaldas a las angustias de los productores, de "ir al pueblo". Les toca acercarse al pueblo, porque no son del pueblo, para intentar engañarlo una vez más. Se aproximan las elecciones. Esto es el motivo que lanza a los políticos de todos los colores, en una pugna desesperada de envidias y rencores, a encender nuevamente la ilusión de que con unos "buenos picos de oro" con unos buenos charlatanes, se arreglarán como por milagro todos los conflictos. Derechas e izquierdas, pasando por todas las gradaciones, prometen lo mismo. Si me votas no habrá paro, aseguran todos los bandos políticos. No parece sino que son unos instrumentos virgenes que por no haber poseído los resortes gubernamentales no han podido probar sus buenas intenciones.

¡Basta ya de farsa! Todos, desde la CEDA, pasando por los radicales, hasta los socialistas, han gobernado, y jamás han demostrado, con hechos no con palabras, impor-

tarles un camino la fuente de los parados. Ni han obligado a movilizar las sumas enormes de los bancos, ni han establecido un sistema de crédito fácil y barato para atender a los pequeños industriales y comerciantes, han votado un céntimo como subsidio a los parados. Todo es palabrería electorera, banderín de enganche. ¿De verdad quieren resolver el problema del paro? Pues manos a la obra. Vamos a demostrar este régimen que hace posible que unos derrochen y otros no coman. Vamos a organizar la economía para satisfacer las necesidades de todos los españoles. ¿Vamos a prohibir la miseria? Hechos, hechos y no palabras. El hambre, de verdad, que sufren tantos miles de trabajadores españoles, es una vergüenza para este régimen, que todos los políticos defienden, que produce la miseria y luego se da el placer de exhibirla.

Todos los españoles tendrán pan cuando organicemos un régimen de convivencia nacional.

Redacción y Administración:

CUESTA DE SANTO DOMINGO, 3
MADRID

Visado por
la censura

Intervención de J.A. Primo de Rivera en el Parlamento

En la sesión del día 21 de marzo

El señor PRIMO DE RIVERA: Se ha dicho, señores diputados, que el asunto que estamos discutiendo es el proceso del régimen: yo en esto no tengo para qué meterme; lo que sí debo decir y digo es que este debate lo que pone de manifiesto, desde sus antecedentes, desde su planteamiento y a través de su desarrollo, es que no existe el Estado español; nada menos que esto.

Si el Estado español existiera en proceso de formación revolucionaria y reciente, como es el Estado español implantado el 14 de abril, este Estado español, consciente de su íntima razón de existencia, este Estado español impetuoso, exuberante, ante un ataque como el que se desencadenó contra él el día 6 de octubre de 1934, hubiese llegado incluso a adoptar resoluciones trágicas. Si a los cuatro días, o a los seis días del 6 de octubre de 1934 el Estado español, considerando a don Manuel Azaña representante de un sentido opuesto e incompatible con el propio Estado, le hubiera hecho fusilar por un piquete, es muy posible que hubiese cometido una injusticia penal, pero es evidente que hubiera servido una justicia histórica.

La justicia histórica se administrará a la Historia se ha fusilado a nadie por una malicia personal; un Estado

fuerte, un Estado seguro de su explicación vital, de su razón de existencia, ha procedido inexorable y trágicamente con quienes representaban el sentido contrario al suyo, incompatible con el suyo. Si cuando estalló la revolución en Asturias se hubiese considerado por el Estado español que don Manuel Azaña tenía un vínculo con aquella revolución, sin el cual acaso la revolución no hubiera llegado a desencadenarse, el Estado español también entonces podría haber hecho, comparecer al señor Azaña ante un piquete y le podría contar en estos instantes entre los muertos.

Esto podía haber hecho el Estado español y esto exigía al Estado español una masa fuerte que le apoyara, una masa fuerte más o menos expresada en la forma actual en que el Estado español cristaliza; pero como el Estado español no existe, no se ha atrevido a hacer nada de eso; ha ido escalonando las responsabilidades del señor Azaña, para situarlas cada vez sobre una trinchera de repliegue, uno poco más atrás, en una actitud un poco más tibia, un poco más vacilante y un poco más cobarde.

Se nos dijo pronto que el señor Azaña no tenía nada que ver con la rebelión de la Generalidad de Cataluña, es decir, con lo más grave de todo lo que ocurrió el 6 de octubre; se le de-

claró inocente de eso y se nos dijo que ya sobre tal supuesto no había que hablar; ahora, de lo que sí había que hablar era de que el señor Azaña estaba ligado, al través del asunto del alijo, con el intento de rebelión en Asturias. Pero se incoó un sumario, que va encaminado a descubrir las ligaduras del señor Azaña con la rebelión de Asturias a través del asunto del alijo, y este sumario produce el resultado, verdaderamente propicio al asombro, de que cuando se trae aquí no encarta al señor Azaña porque, en efecto, en los folios sumariales se ha descubierto su relación con los rebeldes de Asturias, sino porque ha producido la venturosa e inesperada contingencia de descubrirnos que el señor Azaña, si bien tampoco tenía nada que ver con los rebeldes de Asturias, sí cometió ciertos actos, allá por el año 1932, que ponían a España en peligro de que se le declarase una guerra.

Imagínese cualquiera de los señores diputados que en vez de encontrarse eso, que tiene un cierto carácter público, se hubiera descubierto que el señor Azaña, no en 1932, sino en 1928, hubiera escrito unas novelas pornográficas. En este instante el

sumario de no sé si tres mil y pico de folios, está sirviendo de fundamento a una acusación para llevar al señor Azaña ante el Tribunal de Garantías constitucionales por haber ofendido a la moral pública con unas novelas pornográficas. El sumario ha producido esto: un resultado inesperado, un resultado incongruente con lo que dio lugar a que se instruyera. Si el Estado español siguiera existiendo, si el Estado español existiera, caso de haberse descubierto lo de las novelas pornográficas, o que el señor Azaña dispuso de aquellas cuarenta mil pesetas para sus gastos personales o cosa así, estaría bien, si respondía a un intento político más o menos acertado, haber movido aquí toda esta discusión; y yo, que me siento libre del más mínimo vínculo con el señor Azaña, no tendría para qué asomarme aquí hoy ni hacer este reproche; el señor Azaña iría ante el Tribunal de Garantías o ante cualquier Tribunal competente, sería condenado, ingresaría en la cárcel y todo se reduciría a una peripecia personal.

Pero da la casualidad de que lo que ha descubierto el señor Alarcón no es nada personal inofensivo, como sería haber escrito unas novelas pornográficas, sino que es nada menos que esto: que, no el señor Azaña, sino el jefe del Gobierno español, el Gobierno español, en el año 1932 y en el 1933, se puso a maquinar en un sentido capaz de determinar a la larga el que la República de Portugal nos declarase la guerra; se puso a favorecer: unos intentos de rebelión política en la República de Portugal. Y el hecho de que este debate se haya desarrollado aquí sin que nadie ponga su dedo sobre tal circunstancia, demuestra que ni el Estado español existe, ni esta Cámara se arrepiente un solo día de ser un constante vivero de desatinos. Y yo, que soy el que tiene menos autoridad de todos y el que tiene, por ahora, al parecer, menos responsabilidad política, os digo que sólo ante contingencia de que algún día pueda recaer sobre mí una responsabilidad pública, si me preguntan que si el señor Azaña favoreció la rebelión en Portugal, diré que no, y aunque de los tres mil folios del sumario se demuestra que sí, juraré que no, y todos los diputados tendremos que jurar que no, porque no se ha visto en el mundo que en una Cámara legislativa se lance al público de Europa, a los cuatro vientos de Europa esto de que el Gobierno español, el Gobierno del Estado español ha estado maquinando en 1932 o en 1933 contra la seguridad de un Estado vecino.

Todavía estamos a tiempo, porque hasta ahora quienes lo han dicho han formulado unas opiniones personales, y quienes han leído párrafos de un periódico portugués nos han traído una opinión personal portuguesa; pero si esta propuesta de acusación prospera y se forma la Comisión de los 21 diputados y, por los trámites de las proposiciones de ley, se convierte esta proposición en una ley de la República, una ley de la República votada por sus Cortes declarará ante el mundo, sin discusión posible, que el Gobierno del Estado español ha estado conspirando contra la seguridad de un Estado vecino, mediante la subvención a sus revolucionarios. Yo no comprendo que pueda pasar por mentes de políticos humanos semejante insensatez, y mirad si puedo decirlo y lo digo con razón, que ninguno de vosotros, teniendo todos más autoridad que yo, se atreva a contradecirme. Si fuéramos a hurgar entre los folios de los archivos del Ministerio de Estado, ¿báramos ahora a poner de relieve si en tal o cual ocasión España faltó a tal deber de neutralidad o si en tal ocasión, por razones políticas, azuzó el desenvolvimiento de tal o cual partido en una nación fronteriza? Esto ocurre en toda la política secreta internacional de todas las potencias del mundo. Pero, no por solidaridad de régimen, sino por un sentido de continuidad del Estado, no se le ocurre a nadie convertir tal cosa, no en una charla de un debate más o menos animado, sino en una ley de la República española que se lleve a la "Gaceta", para que sobre ella, al día siguiente, sin necesidad de más, pueda venir la República portuguesa a exigirnos daños y perjuicios por todos los que causaron sus revolucionarios auxiliados por nuestro Gobierno. (Muy bien.)

Claro que todo esto lo han pasado todos por encima, porque lo que ha estado en juego aquí —y hay que decir las cosas por sus nombres, y decir las cosas por sus nombres no implica nada de menosprecio para quienes las hicieron; se ha pasado por alto esta observación elemental porque aquí, como en todos estos procesos, como en todos estos debates, lo que se mueve es simplemente una controversia política—y cuando digo una controversia política no es en sentido vituperio; como se movió una controversia política en aquellos famosos, absurdos procesos de responsabilidad en los cuales me cupo el honor de defender a alguna víctima.

Los procesos de responsabilidades son un desatino y acaban siempre ensalzando al que tratan de perseguir. Lo que yo no entiendo es cómo habiendo aquí tantos que han sido recientemente víctimas y luego beneficiarios de procesos de responsabilidades, se enzarzan en otro con el pro-

pósito de concluir con una figura política y con el resultado, claramente previsible, de enaltecerla. ¿Cree nadie que si don Manuel Azaña es un valor en la política española, van a anularle en el supuesto, más que lejano—y eso lo sabéis todos vosotros, tan buenos abogados—de que haya Tribunal que le condene por esta absurda acusación sobre el art. 134, o no sé cuántos, del Código penal, traído por los pelos? ¿Acaso con esto se le anula políticamente? Porque se le imponga una pena de dos años por una tontería de esta naturaleza, ¿creeis que le va a anular? Con que hubiéramos descubierto que se había llevado cinco duros ilegítimamente le hubiésemos anulado mucho más; no con esta bobada de los dos años y de los portugueses refugiados.

Parece mentira que tampoco os hayáis dado cuenta del flaco que tuvo el proceso de responsabilidad contra la Dictadura y que yo mismo señalé desde aquí: no se puede enjuiciar un régimen político desmenuzándolo en sus peripecias. En las peripecias casi todos llevan, en trance de enjuiciados, las de ganar; en las peripecias casi siempre pueden defenderse y casi siempre se defienden con razón, porque estas acusaciones incidentales, estas acusaciones de detalle suelen ser equivocadas e injustas. A los sistemas políticos hay que enjuiciarlos en su conjunto, y el reproche político que puede lanzarse sobre el señor Azaña, la verdadera y grave acusación de que puede hacerse objeto el señor Azaña, es ésta: El señor Azaña tuvo en sus manos una de esas coyunturas que bajan sobre los pueblos cada cincuenta, sesenta o cien años; el señor Azaña pudo hacer sencillamente la revolución española, la inaplazable y necesaria revolución española, la que ya vamos en camino de escamotear. España necesita su revolución; España necesita una revolución que le devuelva el sentido de un quehacer en el mundo y que la instale sobre una base social tolerable. La base social española está saturada y entrecruzada de injusticia; los españoles, todavía en una gran parte, viven al nivel de los animales; el país español, la Nación española necesita una re-

organización total de su economía, necesita un sentido social absolutamente nuevo y necesita el sentirse unida en una misión colectiva que cumplir. Esto es lo que se encontró cuando la última ocasión española revolucionaria y tuvisteis a España abierta e ilusionada y blanda como cera, y desperdiciasteis otra vez aquella ocasión del 14 de abril, como antes se había desperdiciado, trágica y gloriosamente, la ocasión del 13 de septiembre de 1923; la desperdiciasteis, y en vez de aprovechar aquella coyuntura de unidad magnífica, dolorosa para alguno, pero prometedora, la convertisteis en una política que nos dividió, que nos exasperó, que nos lanzó a los unos contra los otros; que llegó a ser la política de la molestia diaria, de la desunión entre los españoles. No sé si tuvisteis la culpa o si no la tuvisteis; no sé si fuisteis incapaces o si lo hicisteis a propósito, pero esa es vuestra responsabilidad. Porque hicisteis eso y desperdiciasteis esos metisteis en esta especie de balsa sin salida, donde nos vamos pudriendo poco a poco, hasta que se abra otra revolución por otro lado. Esta sí que es vuestra culpa política y la que os debía inhabilitar y la que os debía echar a la calle por las calles, pero tenéis la suerte de tener buenos enemigos, que es lo mejor que le puede ocurrir a uno en el mundo; elegirse a lote de enemigos es más conveniente que elegirse bien el lote de amigos; y esos enemigos os van a acusar de una majadería que representa el peligro de dos años de prisión, os van a llevar al Tribunal de Garantías para que os absuelva y os van a devolver vuestra virginidad para que intentéis la revolución otra vez. Lo que pasa es que probablemente abriréis entonces vosotros el proceso de responsabilidades contra el jefe señor Alarcón y contra el señor Anguerra de Sojo. Y así nos pasaremos la existencia entre la charca y la parrilla y entre la parrilla y la charca hasta que llegue de veras algún Sansón (porque acabará por hacernos a todos Sansones la desesperación española) a hundir el templo con sus columnas y con todo lo que tiene de malo y todo lo que pueda tener de bueno.

ciadle la revolución en nombre de España, decide que España ha menester de su esfuerzo decidido, que el ánimo tenso de los mejores españoles ha de salir a librar la batalla—quizás decisiva—por la perduración de España. Entonces él exhibirá otro flamante típico, de los que adoban, con granos de sentido común, sus rebañeros conductores. ¡Yo soy enemigo de las dos violencias!

Monopolizador de la aplanadora tristeza nacional, el filisteo argumenta sobre sus ideas sociales y políticas. A pesar de no meterse en nada, él tiene su ristra de conceptos hueros para pasearles sobre su entusiasta derrotismo. ¡A él no le asustan los progresos; él es más "avanzado" que nadie; pero todo ha de hacerse a su debido tiempo; en vez de revolución, evolución! Y la fofa tesis, la regurgita vanidad de hombre que ha sabido poner el dedo en la llaga.

El filisteo cubre, intentando ocultarla con su cuerpecillo de sabandija precavida, la serie dramática de España. El quiere escamotear todo lo que es hondo y decisivo, todo lo que bulle en el vientre agitado de una España en tránsito, aquejada de dolores, pero enérgicamente dispuesta a la batalla. Al filisteo le asusta la sangre; él dice que porque su color le trae resonancias de flameos revolucionarios. Pero la sangre ha sido—misterio sacramental repetido sobre plazuelas y campiñas, caminos y hercales—la realidad dura y chillona de una España que portaba cada hora el lujo de su porvenir áspero y de su trágico encararse con el tiempo.

La revolución antinacional

Los obreros sirvieron una vez más de "carne de cañón" a la especulación innoble de sus dirigentes

Es preciso fijarse bien en todos los elementos complicados más o menos directos, a fin de no perderse y formar una idea completa del movimiento y su alcance. Adrede se está extraviando al pueblo español. La gente interesada en seguir con esta política casera, a mayor provecho de las pandillas políticas, quiere engañarnos, separando primero los focos como si no hubiera relación entre ellos. Quieren aislar la sublevación de los marxistas del levantamiento separatista, como si no fueran dos aspectos de un mismo propósito. No es la coincidencia en la fecha del movimiento, con ser un buen dato; lo esencial, lo que descubre el carácter del movimiento y la identidad de fines es la colaboración cordial, efectuada durante el Gobierno Azaña, su reacción al ocurrir su desplazamiento del Gobierno, y, sobre todo, su coincidencia "total", absoluta, en la política ejecutada en trabas y dificultades en los años 31 y 32, y parte del 33. ¿Realizaron una política anticapitalista? Bien marcadas están sus huellas en todas las leyes elaboradas por ellos. Tuto en las leyes de trabajo, como en las de orden público, como respondiendo a su política general, está bien reflejado el sentido de su política.

Pudieron resolver el problema del paro obrero, bien iniciando grandes obras o bien estableciendo el subsidio a costa de patrones y el Estado. Pudieron elevar las condiciones de la vida de los trabajadores, y la masa obrera, como tal clase, no sólo no mejoró su nivel de vida, sino que al aumentar el volumen del paro en decenas de millares disminuyó sus ingresos totales.

No metieron en las cárceles a los grandes especuladores, sino a los obreros.

No obligaron a movilizar sus grandes depósitos a los Bancos, sino que defendieron su política rapaz, llegando en su servilismo a sostener la actitud implacable del Banco Hipotecario, que ha hecho imposible el comienzo de la construcción de las casas baratas, que en buena parte, hubiera menguado el paro.

Esta política antiobrero, capitalista, no fue obra de tal o cual partido. Fue obra común de socialistas, separatistas, Acción Popular, etc. Toda la conjunción de republicanos y socialistas fueron autores de esa política "obrera".

Es que entonces los obreros socialistas que se lanzaron a la lucha política y soñaban con la dictadura del proletariado? Evidente. Los obreros lucharon contra el capitalismo y por organizar un régimen soviético. Y esto, precisamente, es lo que hay que destacar. Lo mas quería, fue a hacer la revolución socialista. Los jefes, por la presión de la masa, en parte, pero principalmente por sus compromisos políticos, dieron la orden. Este divorcio se manifiesta en la lucha. Los obreros atacan con fe; los jefes apenas se enteraron de la suerte que corría el movimiento en España, se fugaron. El desplazamiento de los socialistas en la dirección de la lucha se realizó en el momento decisivo, cuando desertó la plana mayor socialista. Otro botón que prueba con qué propósitos fueron los jefes socialistas lo tenemos en que, mientras en Oviedo no se tocó ni el pelo de la ropa, ni sus magníficos palacios a los millonarios, se destruyó y saqueó a los establecimientos de los modestos industriales. No es ideal la destrucción de nada aprovechable; echar abajo los medios de los pequeños productores, guardando con toda solicitud las grandes propiedades de los millonarios, descubre de una leuol-rekoop etatoin manera rotunda que los dirigentes no perseguían la realización de una revolución socialista.

Es que entonces no ha jugado un papel importante el movimiento marxista? Ciertamente. Pero los obreros, llevados por sus jefes, han servido de carne de cañón. El movimiento, integrado por todos los elementos antinacionales, estaba incubado por el gran capitalismo e inspirado por la masonería, interesada en debilitar a España, atándola al carro de sus apetitos rapaces. No era una lucha entre el socialismo y el capitalismo. Ha sido una lucha entre el sentido nacional y el antinacional, sirviendo de los partidos políticos.

Los obreros asturianos que gozando de buenos jornales se lanzaron a la lucha para mejorar las condiciones de vida del resto de los trabajadores de España, fracasaron por la traición de sus jefes en parte, pero principalmente por el sentido antinacional de sus propósitos, que puso en pie ante ellos, incluso a sectores del proletariado, como nosotros, como los soldados "obreros uniformados". En Es-

paña es preciso hacer una honda revolución. Pero una revolución nuestra y para nosotros. Cada día el régimen burgués imperante la hace más necesaria. Así no se puede seguir viviendo. El paro crece sin cesar. El hambre es dueño y señor de los hogares obreros. Por otro lado, la burguesía, aprovechándose del estado en que ha quedado la organización obrera, ha iniciado su ataque contra las condiciones de vida de los obreros. ¿Qué hacer? ¿Esperar a que, mejor situados para otra vez los dirigentes, cobardes y traidores, especulen en el corrillo político? ¿Crucarse de brazos para que algunos grandes capitalistas se enriquezcan a la clase obrera en la desesperación y en la miseria?

Hay una salida, una única salida. Agruparse en torno al movimiento nacional-socialista.

Aviso a los navegantes

Arte de identificar "revolucionarios"

Quienquiera se tropiece con un feroz "revolucionario"—o "gevolucionario", según dicen algunos guturalizando la erre—, con uno de esos "revolucionarios" tan feroces, tan feroces que juzgan falsos revolucionarios a todos los demás, debe plantearse a sí mismo, como tema de investigación instructiva, la pregunta siguiente: ¿De qué vive este sujeto?

Porque hay tremendos "revolucionarios" que ganan, por ejemplo, en una oficina pública, cuatrocientas cincuenta pesetas al mes; y que gastan dos o tres mil entre viajes, alojamiento independiente, invitaciones a cenar y salario de tres pistoleros en automóvil para protección de sus preciosas vidas.

Si alguien se obstina en averiguar de qué manera los tales "revolucionarios" repiten con sus parvos ingresos el milagro de los panes y los peces, no tardará en descubrir, como fuentes secretas de tales dispendios, la mayordomía de algunos millonarios archiconservadores, o ciertos fondos estables dedicados a la retribución de confidentes. O las dos cosas, que de todo hay en la viña del Señor.

Esta abyección inicial aceptada por el pobre "revolucionario", matiza todos sus gestos y actividades. Unos y otros acaban por adoptar el color de la estafa: desde la afirmación de poseer secretos comprometedores hasta las alocuciones ingenuas, en letras de molde dirigidas a imaginarias "masas", cuya simpática escasez permitiría de sobra la celebración de juntas generales en la plataforma de un tranvía.

Esto de que un individuo tenga que vender su cualidad de persona decente a cambio de unos cochinos duros (duros ¡ay! que sólo recibirá mientras su abyección convenga a los amos) es, aunque triste, un corriente episodio individual. Pero ya es peor que el tal individuo, para devengar su salario, tenga que jugar con la crédula desesperación de unos pobres obreros a los que promete redimir. O que se dedique a injuriar a quienes con sacrificio serio de posiciones, ventajas, tranquilidad y afectos llevan adelante la durísima tarea de alistar y curtir en la abnegación a una magnífica juventud patria.

Que este movimiento pujante ponga en zozobra a los fabricantes de falsos "patriotismos" y "estados corporativos" fiambres, no tiene nada de particular; pero que al servicio de esos fabricantes haya tipos de "revolucionarios" afectadamente mal vestidos y sucios, con la boca llena de demagogias "corajudas", es una inmundicia. Las agrupaciones sanas eliminan esa inmundicia, normalmente, sin aspavento ni sorpresa.

Invectiva contra el filisteo

Harto han gritado ya los filisteos, rasgando vestiduras ajenas y llenando de aspavientos desordenados el bárbaro, tumultuoso y fluctuante clima de la España de estas jornadas; harto han gritado, poniendo sordina a su alegría para que no se trasluciese el íntimo frotarse de manos y la turbia satisfacción de la revancha. Porque al filisteo español de nuestros días, conformista en las horas amargas y difíciles, desalado corredor tras el carro de todos los vencedores, lo que le bailaba en la entraña, ruín y cobarde, era el revanchismo. ¡Revanchista y contrarrevolucionario! Para él el juego estaba claro: quien perdía había de pagar el escote. Y nada más se le alcanzaba, después de la violenta sacudida que rayaba de rojo nuestra tierra y de fuego nuestro cielo. ¡Contrarrevolucionario! Ya había encontrado su mote, su bandera, su guía, su designio. —Yo soy contrarrevolucionario! ¡Lo que yo quiero es que de una vez podamos vivir tranquilos! Y la boca se le llenaba con el viscoso concepto. ¡La tranquilidad! He ahí su desideratum. Como si tranquilamente Carlos de Gante hubiese hecho de la redondez de la Tierra solar de la unidad imperial de España.

Claro es que al filisteo, aflautado gritador de revanchas, poco le importa de España y de los españoles. El va a su avío: él no se mete con nadie; él no anda en libros de caballerías. ¡Pobre desmedrado ridículo! Sin embargo, cree que España le ha sido concedida como inalienable patrimonio, e invoca su nombre a cada revés de su personal fortuna. Pero anun-

ciarle la revolución en nombre de España, decide que España ha menester de su esfuerzo decidido, que el ánimo tenso de los mejores españoles ha de salir a librar la batalla—quizás decisiva—por la perduración de España. Entonces él exhibirá otro flamante típico, de los que adoban, con granos de sentido común, sus rebañeros conductores. ¡Yo soy enemigo de las dos violencias!

Monopolizador de la aplanadora tristeza nacional, el filisteo argumenta sobre sus ideas sociales y políticas. A pesar de no meterse en nada, él tiene su ristra de conceptos hueros para pasearles sobre su entusiasta derrotismo. ¡A él no le asustan los progresos; él es más "avanzado" que nadie; pero todo ha de hacerse a su debido tiempo; en vez de revolución, evolución! Y la fofa tesis, la regurgita vanidad de hombre que ha sabido poner el dedo en la llaga.

El filisteo cubre, intentando ocultarla con su cuerpecillo de sabandija precavida, la serie dramática de España. El quiere escamotear todo lo que es hondo y decisivo, todo lo que bulle en el vientre agitado de una España en tránsito, aquejada de dolores, pero enérgicamente dispuesta a la batalla. Al filisteo le asusta la sangre; él dice que porque su color le trae resonancias de flameos revolucionarios. Pero la sangre ha sido—misterio sacramental repetido sobre plazuelas y campiñas, caminos y hercales—la realidad dura y chillona de una España que portaba cada hora el lujo de su porvenir áspero y de su trágico encararse con el tiempo.